

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LII - Núms. 772-773
Oct.-Nov. 1995

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración
Durán i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peligro, 8, Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58

CLAUSURA DE UN GRAN ANIVERSARIO

Clausura de un gran aniversario

**Nueva beatificación de mártires
de la persecución religiosa en España
(1936-1939)**

J.M.P.S.

**«El martirio es un regalo particular
del Espíritu Santo»**

Homilía de Juan Pablo II

**Anselmo Polanco, un pastor que dio
la vida por sus ovejas**

José Javier Echave-Sustaeta del Villar

La gloria del martirio

Francisco Canals Vidal

**Los nuevos beatos de la Revolución
francesa**

Teresa Manresa Lamarca

Mártires capuchinos de la intolerancia

fr. V. S. de M.

**«Santa liga de los corazones cristianos
unidos al Corazón de Jesús»**

Monseñor Tagliatferri

**El Apostolado de la Oración ante
el tercer milenio**

Peter Hans Kolvenbach

Sinceridad y carisma

Francisco Canals Vidal

**Amor o ciencia en la transmisión
de la vida**

José María Alsina Roca

La Iglesia católica y la mujer

Miguel Ferrer Flórez

**En favor de nuestros niños,
los predilectos del buen Jesús**

José Vives Suriá

**Los jóvenes de Schola Cordis Iesu
con el Papa en Loreto**

José María Alsina Casanova, pbro.

**La Theología Mystica de Juan
de Jesús-María, carmelita descalzo**

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

**La erección de la jerarquía eclesiástica
de Filipinas**

Manuel González Pola, O.P.

El pasado 9 de septiembre se celebró en Valladolid —ciudad elegida por ser allí donde tuvo lugar la gran promesa del Corazón de Jesús al padre Bernardo Hoyos— la clausura de los actos conmemorativos del ciento cincuenta aniversario del Apostolado de la Oración. Se celebraron los actos en tres centros vallisoletanos, el Santuario de la Gran Promesa, la iglesia de los Padres Jesuitas y la iglesia catedral, todos ellos abarrotados de fieles, de los que fueron protagonistas, respectivamente, el señor arzobispo de Valladolid, el padre general de la Compañía de Jesús, y el nuncio de Su Santidad en España, quien leyó además un telegrama del Papa. El común denominador de todas estas autorizadas intervenciones fue poner de relieve la importancia actual de esta más que centenaria asociación que, al decir de Juan Pablo II, es el tesoro de la Iglesia y del corazón del Papa.

El Apostolado de la Oración nació el 3 de diciembre —festividad de san Francisco Javier— de 1844, cuando el sacerdote jesuita padre Gautrelet reunía al grupo de futuros misioneros del escolasticado de Vals (Francia) para que se comprometieran, mediante la oración y el sacrificio, a ser ya apóstoles de su reinado, antes incluso de ser predicadores efectivos. Esta obra, puesta después bajo la dirección del singularísimo padre Enrique Ramière, se centró espiritualmente en lo más nuclear de la religión cristiana, la devoción al Corazón de Jesús, y alcanzó así toda la magnitud de un movimiento verdaderamente único, tanto por la intensidad del fervor reparador como por su espíritu misionero.

El especial énfasis que el Apostolado de la Oración puso en el ofrecimiento personal de cada cristiano, en la consagración de las familias y aún de la misma sociedad política por su explícita vocación social, esto es, de impregnar toda la vida —privada y pública— de los hombres con el amor y obediencia a la ley de Dios, le han dado a esta asociación un programa que no necesita modificarse. Su lema es ADVENIAT REGNUM TUUM, lo que sintetiza tanto todo el programa de la Iglesia para todos los tiempos, que no predica otra cosa que el Reino, como la más íntima petición del cristiano que anhela y espera, con toda la Iglesia, la venida del Señor.

Mediante esta asociación universal, encomendada a los obispos y animada por celosos sacerdotes —especialmente de la Compañía de Jesús a quien se encargó su dirección, como lo había sido su fundación—, la Iglesia ha llegado a todos los fieles, a todos los hogares, a todas las clases

sociales, a todas las edades y, lo que es más notable, a todas las situaciones, incluidos de modo especial los enfermos o los impedidos por cualquier causa —a veces simples obligaciones familiares— de realizar obras apostólicas activas.

Es lógico que con esta espiritualidad el Apostolado de la Oración más que «renovarse» lo que ha hecho es renovar a toda la misma Iglesia a la que ha comunicado el espíritu que primero suscitó el Señor a santa Margarita M^a de Alacoque y después a aquel infatigable apóstol del Reinado Social del Corazón de Jesús que fue el padre Ramière, S.I., verdadero fundador del Apostolado de la Oración tal como lo conocemos hoy y lo practicamos. De ahí que su espíritu haya sido recogido por el Concilio Vaticano II en una fórmula de ofrecimiento de la totalidad de las obras del cristiano en orden a implantar en la sociedad el Reino de Dios:

«Por lo cual los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admira-

blemente dotados y llamados, para que en ellos se produzcan siempre los más ubérrimos frutos del espíritu. Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cf. I Petr. 2, 5) que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios.» (Conc. Vat. II, Const. *Lumen Gentium*, n. 34).

Este programa eclesial nació, y sigue alimentándose, en la espiritualidad del Apostolado de la Oración. Ojalá lo sintamos todos como el gran y definitivo programa a que nos llama también hoy —más que nunca— la Iglesia postconciliar.

NUEVA BEATIFICACIÓN DE MARTIRES DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN ESPAÑA (1936-1939)

El pasado domingo 1 de octubre Su Santidad Juan Pablo II beatificó a 45 mártires españoles sacrificados, en odio a la fe, durante el período que coincidió con la guerra civil. Son ya 189 los mártires de aquella despiadada persecución declarados beatos por quien tiene la autoridad para hacerlo, el Sumo Pontífice. Los católicos —españoles o no— se alegran de que el testimonio admirable y heroico de amor a Jesucristo, y amor a los hermanos, sea reconocido por la Iglesia universal y propuesto como ejemplo para todos los fieles de todos los tiempos. Estos mártires lo fueron por un odio más deliberado que el que los secuaces del emperador podían sentir hacia la nueva religión que iba penetrando en el Imperio romano. Un odio más parecido al que sentían los apóstatas franceses que, bajo la Revolución francesa, en sus diversas etapas, asesinaban a los sacerdotes «refractarios» que no se sometían a la Constitución Civil del Clero.

Una reciente y lamentable entrevista de un periódico importante de Barcelona a un monje de Montserrat, le hacía decir a este último que «le horrorizaban» las recientes beatificaciones de los mártires de la persecución española. Ni el entrevistador ni el entrevistado, monje de un monasterio benedictino del que fueron sacrificados veintitrés monjes —en las mismas circunstancias y por los mismos motivos que los ahora beatificados—, logran alcanzar la perspectiva sobrenatural en la que hay que

enmarcar estos hechos. Deliberadamente pretenden reducir la persecución a un enfrentamiento político, desvirtuando tanto los hechos objetivos como las intenciones de sus protagonistas y, lo que es más grave, dándoles la «razón» a los asesinos —y a las «autoridades democráticas» entonces en el poder—, quienes justificaban su cobarde persecución de los más inocentes con argumentos políticos, como «la defensa de la República» o «la defensa de las conquistas sociales». Los mártires, deliberadamente ajenos a toda militancia política, fueron sacrificados únicamente por su fidelidad a la fe de la que no renegaron. Uno de los casos más notables en toda la historia de la Iglesia. Muchas veces no se dice que tanta fidelidad no se dio numéricamente en las mismas persecuciones romanas que tanto admiramos todos los cristianos.

En un artículo de nuestro Director, «La gloria del martirio», que puede leerse en este mismo número, se hace una ponderada reflexión que debe iluminar la actitud con que debemos acercarnos a quienes fueron escogidos por Dios para dar el máximo testimonio de fidelidad al Cordero Inmaculado y que un día, como lo profetiza el Apocalipsis, habrán de venir triunfantes con el Mesías que traerá al mundo la única y definitiva paz sobre la Tierra.

J.M.P.S.

«El martirio es un regalo particular del Espíritu Santo»

Homilía de Juan Pablo II en el acto de beatificación de los nuevos mártires

Alaba al Señor, alma mía.

La invitación del Salmo se formula nuevamente por la Iglesia en el día de la beatificación de los mártires, que han dado testimonio, con su sangre, de su fidelidad a Cristo durante la Revolución francesa y en los tiempos de la guerra civil española.

El martirio es un regalo particular del Espíritu Santo: un regalo para toda la Iglesia, el cual encuentra su coronación en la actual liturgia de Beatificación, en la que de forma especial damos gloria a Dios: «Te martyrur candidatus laudat exercitus». Dios, que mediante un acto solemne de la Iglesia —la beatificación— corona sus méritos, manifiesta al mismo tiempo el don de gracia a ellos hecho como proclama la liturgia: «Coronando merita, tua dona coronas» (Misal Romano, Praefatio de Sanctis, 1).

En estos nuevos beatos se manifiesta, de forma particular, Cristo: la riqueza de su misterio pascual, de la cruz y de la resurrección. «Jesucristo, siendo rico se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza» (2 Cor 8,9).

He aquí los nombres de los mártires que la Iglesia eleva hoy al honor de los altares, presentándolos a la veneración de los creyentes como fruto maduro del misterio pascual del Redentor: Anselmo, Felipe, Pedro Ruiz, Juan Bautista, Dionisio, Pedro, Carlos, Fidel, Jesús, Sor Angeles, Vicente y toda la multitud de los compañeros y de las compañeras de martirio.

«Hermano, siervo de Dios: practica la fe» (1 Tim 6, 11). Estas palabras del Apóstol Pablo tienen su cumplimiento en los nuevos beatos Anselmo Polanco, Obispo de Teruel, y Felipe Ripoll, su Vicario General.

Anselmo Polanco, religioso agustino, eligió como lema episcopal: «Gustosamente me gastaré y desgastaré por vuestras almas» (cf 2 Cor 12, 15). Como un presentimiento decía el día de su entrada en la diócesis: «He venido a dar la vida por mis ovejas». Por eso, junto con Felipe Ripoll, quiso permanecer al lado de su grey en medio de los peligros y sólo por la fuerza fue separado de ella. Los nuevos beatos, ante la disyuntiva de abandonar las exigencias de la fe o morir por ella, robustecidos por la gracia de Dios, ponen el propio destino en sus

manos. Los mártires renuncian a defenderse no porque estimen poco la vida, sino por su amor total a Jesucristo. Los turolenses, palentinos y los religiosos agustinos gozan hoy con toda la Iglesia por esta beatificación.

«Hermano, siervo de Dios: Practica... la religión (cf. 1 Tm 6, 11). Los nueve miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios del Corazón de Jesús, que con Pedro Ruiz de los Paños y Angel a la cabeza, son beatificados hoy fueron martirizados tras haber trabajado, conforme al propio carisma, en la formación de los futuros sacerdotes en diversos seminarios de España y de México.

Entregados desde una honda espiritualidad sacerdotal al fomento de las vocaciones, como continuadores del celo apostólico del beato Manuel Domingo y Sol, su vida, coronada con la palma del martirio, nos recuerda la urgencia de este apostolado.

Pedro Ruiz de los Paños enriqueció además a la Iglesia con la fundación de las Discípulas de Jesús, dedicadas al apostolado vocacional. Grande es hoy el gozo de estas religiosas, junto con el de la Iglesia en Castilla, Cataluña y Comunidad Valenciana, tierras de donde son originarios los nuevos beatos.

«Hermano, siervo de Dios: Practica... la paciencia (1 Tm 6, 11). La Orden de las Escuelas Pías contempla hoy en la gloria a catorce de sus miembros: el Padre Pietro Casani, primer compañero de San José de Calasanz, y trece mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

Pedro Casani, natural de Luca, se une en 1614 a José de Calasanz para «educar en la piedad y las letras» a la infancia romana. Abierto a la caridad con el prójimo y entregado a la educación de los niños pobres, repetía antes de su muerte: «La paciencia y la oración pueden hacer mucho» (Carta, 229-1646).

Dionisio Pamplona y sus compañeros mártires no son héroes de una guerra humana, sino educadores de la juventud que por su condición de religiosos y maestros afrontaron su trágico destino como auténtico testimonio de fe, dándonos con su martirio la última lección de su vida. ¡Que su ejemplo y su intercesión lleguen a toda la familia calasanziana!

«Hermano, siervo de Dios: Practica... la delicadeza» (1 Tm 6, 11). Los mártires de la Compañía de María, Carlos Eraña, Fidel Fuido y Jesús Hita, por su fe y su dedicación a la educación cristiana de los niños y jóvenes, siguieron a Cristo hasta la inmolación de sí mismos. Como marianistas aprendieron a amar intensamente a la Virgen y a lo largo de su vida se acogieron a su especial protección.

Con mansedumbre fueron hacia el martirio, supremo acto de su entrega a Jesús y a María y, como otros que les habían precedido, murieron perdonando, seguros de estar recorriendo también así los pasos del mismo Cristo. ¡Que las comunidades eclesiales del País Vasco y de La Rioja, lugares de origen de los nuevos beatos, y las de Ciudad Real, tierra que regaron con su sangre, permanezcan firmes en la fe que ellos vivieron, enseñaron y rubricaron con su martirio!

«Practica el amor» (1 Tm 6, 11). Esta exhortación paulina se cumple en el martirio de la Madre Ángeles de San José Lloret Martí y dieciséis Hermanas de la Doctrina Cristiana. Al dispersarse las diversas comunidades de la Congregación, la Madre Ángeles de San José reunió en un piso a las que no tenían familiares o amigos que las acogieran. Allí, viviendo la caridad fraterna, descubrieron cómo la persecución, la pobreza y el sufrimiento son también caminos que llevan a Dios.

Estas Hermanas, practicando lo que habían transmitido tantas veces en la enseñanza del catecismo, transcurrieron sus últimos meses cosiendo la ropa de aquellos que pondrían fin a sus vidas. Su muerte entonces y su glorificación ahora proclaman la fuerza del Resucitado y la necesidad de dedicarse a la tarea de la evangelización. Con ellas, la Comunidad Valenciana y Cataluña añaden nuevos nombres a su martirologio.

«Hermano, siervo de Dios: Practica... la justicia» (1 Tm 6, 11). Enriquece también el martirologio de Valencia, desde su ciudad natal de Manises el beato Vicente Vilar David, que coronó con el martirio su existencia vivida con una total dedicación a Dios, al prójimo y a la promoción de la justicia en el mundo laboral, de forma especial en la Escuela de Cerámica y en el Patronato de Acción social. La oración y su gran devoción a la Eucaristía nutrieron toda su vida, de modo que su trabajo llevaba la impronta de la presencia de Dios.

El estado matrimonial, el ejercicio de la profesión, las actividades que son propias de los seglares son caminos que conducen a la santidad si son vividos con sinceridad y entrega evangélica, como exigencias del bautismo.

Esta mañana, queridos hermanos y hermanas, nuestro pensamiento se dirige a sesenta y cuatro sacerdotes franceses muertos con centenares de otros sobre los «pontones de Rochefort». Como San Pablo exhortaba a Timoteo, ellos han «combatido el buen combate de la fe» (1 Tm 6, 16). Han conocido también un largo calvario por haber permanecido fieles a su fe y a la Iglesia. Si ellos han muerto, es por haberse decidido a afirmar hasta el fin su estrecha comunión con el Papa Pío VI.

En medio de una profunda soledad moral, tomaron muy en serio mantener un espíritu de oración. «Víctimas de la tortura» (Lc 16, 23), del hambre y de la sed, jamás albergaron una palabra de odio respecto a sus verdugos. Lentamente, se dejaron identificar con el sacrificio de Cristo que celebraban en virtud de su ordenación. Aquí están, pues, de ahora en adelante ofrecidos a nuestras miradas como un signo viviente de la potencia de Cristo que actúa en la debilidad humana.

En el fondo de su peligro, han conservado el sentimiento del perdón. La unidad de la fe y la unidad de su patria les han parecido más importantes que todo. Podemos, desde entonces, repetir con alegría las palabras de la Sagrada Escritura: Las almas de estos justos están en las manos de Dios. «Ellos han parecido morir. Su partida ha sido considerada como una desgracia, pero ellos están en paz» (Sg 3, 2-3).

«Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Combate los buenos combates de la fe, asegúrate la vida eterna, por la cual fuiste llamado y de la cual hiciste hermosa confesión delante de muchos testigos» (1 Tm 6, 12).

La profesión de fe, proclamada por los nuevos beatos con el ofrecimiento de sus vidas, como afirma el Apóstol, crea nuevos lazos entre cada uno de los testigos (mártires) y Cristo, que ha sido el primer Testigo (Mártir) «en presencia de Poncio Pilato» (1 Tm 6, 13).

El mismo Cristo, el único Señor de todo el universo, el Rey de los reyes y el Señor de los señores (cfr Ap 17, 14) es la gloria de los mártires. Él, en efecto, es «el único que posee la inmortalidad, que habita una luz inaccesible» (1 Tm 6, 16).

«A Él el honor y el imperio eterno» (ibid.)

A Él, que por nosotros se hizo pobre para hacernos ricos con su pobreza, gloria y honor en los nuevos beatos mártires, que hoy constituyen una nueva riqueza de gracia y de santidad para toda la Iglesia.

ANSELMO POLANCO: UN PASTOR QUE DIO LA VIDA POR SUS OVEJAS

José Javier Echave-Sustaeta del Villar

«Sufrió escarnio, cadena y cárcel, sometido a prueba, cayó a filo de espada»
y todo por el grave delito de ser representante de un Dios de amor.

«Nos, acogiendo los deseos de nuestros hermanos en el Episcopado, y de numerosos fieles, con Nuestra Autoridad Apostólica, declaramos que el Venerable Siervo de Dios Anselmo Polanco Fontecha, de ahora en adelante puede ser llamado Beato, y se podrá celebrar su fiesta el 7 de febrero, día de su tránsito al Cielo.»

Así lo proclamaba el pasado 1 de octubre de 1995 Su Santidad el Papa Juan Pablo II a toda la Cristiandad desde la Basílica de San Pedro.

Eustaquio, obispo de Sigüenza; Salvio, obispo de Lérida; Cruz, obispo de Cuenca; Florentino, obispo de Barbastro; Miguel, obispo de Segorbe; Manuel, obispo de Jaén; Narciso, obispo de Ciudad Real; Manuel, obispo auxiliar de Tarragona; Diego, obispo de América; Manuel, obispo de Guadix; Juan de Dios, administrador apostólico de Orihuela; y Manuel, obispo de Barcelona, habían blanqueado sus túnicas con la sangre del Cordero en los primeros meses de la gran tribulación de la Iglesia de España en 1936.

Marcados con el sello, estaban ante el Trono de Dios alabándole día y noche. Sabían ya que Anselmo, obispo de Teruel también había sido elegido, y le esperaban, pero se les dijo que debían aguardar aun un corto tiempo hasta que se completara con él el número de los sacrificados por su causa.

Anselmo había escogido por lema episcopal el del mártir Pablo: «Con gusto me agotaré y consumiré por vuestras almas». La consunción supuso trece largos meses de cruel cautiverio en manos de sus verdugos, hasta el día de su fiesta: 7 de febrero de 1939, en Pont de Molins, pueblo catalán cercano a la frontera francesa, al que fue llevado preso por el Gobierno republicano en su retirada en los últimos meses de guerra.

Anselmo, hijo de campesinos de la Val d'Arija

palentina, se escapó siendo niño de casa para ascender al monte más alto del contorno, porque desde allí le sería más fácil llegar cuanto antes al Cielo. Era inquieto e impaciente, se sabía llamado a subir al monte de la mirra, pero entonces ignoraba que antes debía consumirse por las almas de sus hermanos durante 50 años.

Recibió muy joven el hábito de san Agustín y ya no lo dejó. Con él y su cruz pectoral a la vista, calzando unas rotas alpargatas, salió pisando la nieve de las ruinas del convento de Santa Clara el 7 de enero de 1938, rodeado de su vicario —el también beatificado don Felipe Ripoll— y de una docena de sus sacerdotes. Salió de su sede de Teruel como evacuado civil confiado a la Cruz Roja Internacional, según lo acordado en la rendición, pero el Gobierno republicano nunca le reconoció como tal, sino que lo trató como un prisionero militar más, pues así convenía a su propaganda de justificar la persecución religiosa por la pretendida connivencia de la Iglesia con los rebeldes. Tal justificación se ha reproducido en nuestros días, pero el Papa, hablando con «Nuestra Autoridad Apostólica», la ha desmentido en la homilía de beatificación:

«Ante la disyuntiva de abandonar las exigencias de la fe, o morir por ella, robustecido por la gracia de Dios, el mártir puso la vida en sus manos». Durante su cautiverio recibió del cardenal Verdier un preciado regalo que le había pedido a través de un mediador: una reliquia de santa Teresita del Niño Jesús que llevó consigo hasta la muerte. No es difícil imaginar el pacto que hiciera el Obispo con la Santa que tantas ansias había manifestado de ser mártir de Cristo en la Gran Persecución. Quizá entonces también convinieron que su beatificación se celebrara el 1 de Octubre, día de su fiesta.

Un fraile que no quería ser obispo

Fray Anselmo no era sabio, ni importante ni diplomático. Era tímido e impresionable, pero siempre decía lo que pensaba y hacía lo que decía. Y pensaba y decía que lo primero era buscar la salvación de las almas.

Eran tiempos de persecución legal por el poder político anticristiano, preparatorio de su posterior fase sangrienta. Por ello Dios quiso nombrarle obispo de Teruel. Corría el año 1935 y fray Anselmo sabía con mayor certeza que a sus ocho años, que lo importante era llegar cuanto antes al Cielo, por eso aceptó el nombramiento. Lo dice en su primera pastoral, haciendo suyo el diálogo del profeta con Dios:

«Como a Jeremías, cuando el Señor le intimó su voluntad de constituirle en heraldo suyo cerca del pueblo de Israel, la propia pequeñez se mostró patente y manifiesta a nuestros ojos, y a imitación del profeta exclamamos: ¡Ah, ah, Señor, Dios mío, que no reúno condiciones para el ministerio sublime que intentas confiarme: soy inepto e incapaz de desempeñarlo debidamente, no me impongas una misión desproporcionada a mis fuerzas!...

»Pero la voz imperativa de Dios insistió: "No alegues ni pares mientes en tus ruines cualidades; irás a todo lo que yo te envíe y serás mensajero de cuanto te encomendare".

»Así, hermanos, hubimos de rendirnos a las solemnes disposiciones del Altísimo, y ved por qué, con temor y temblor, damos comienzo a las tareas episcopales, encaminadas a procurar vuestra salvación, íntimamente unida desde hoy a la nuestra. Concluyamos con San Pablo: Consideradnos como ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios, pues que no la arbitrariedad ni el capricho nos han colocado en este puesto, honroso, sí, pero de responsabilidad tremenda, ya que hemos de dar cuenta de vuestras almas; es Dios mismo quien, sin méritos por nuestra parte, ha querido encumbrarnos y servirse, conforme a sus designios providenciales, de nuestra insignificancia en la obra excelsa y difícil del régimen y dirección de los fieles de estas amadas diócesis de Teruel y Albarracín.

«He venido a dar la vida por mis ovejas»

Juan Pablo II nos recuerda en su homilía de beatificación: «Como un presentimiento decía el día de su entrada en la diócesis: "He venido a dar la vida por mis ovejas"».

«A semejanza de los Apóstoles, Nos ha elegido el Señor para que vayamos delante de vosotros y llevemos frutos de vida y esos frutos sean duraderos... Esto es lo que exige de Nos al hacernos Prelado vuestro. Debemos ser luz que os ilumine, sal que preserve las almas de la

corrupción de la culpa, Pastor vigilante y abnegado, que no sólo guarde a sus ovejas y las conduzca solícito a los pastos de vida eterna, sino que está dispuesto a sufrir la muerte por ellas como el buen Pastor, Jesús, modelo y dechado de Pastores.

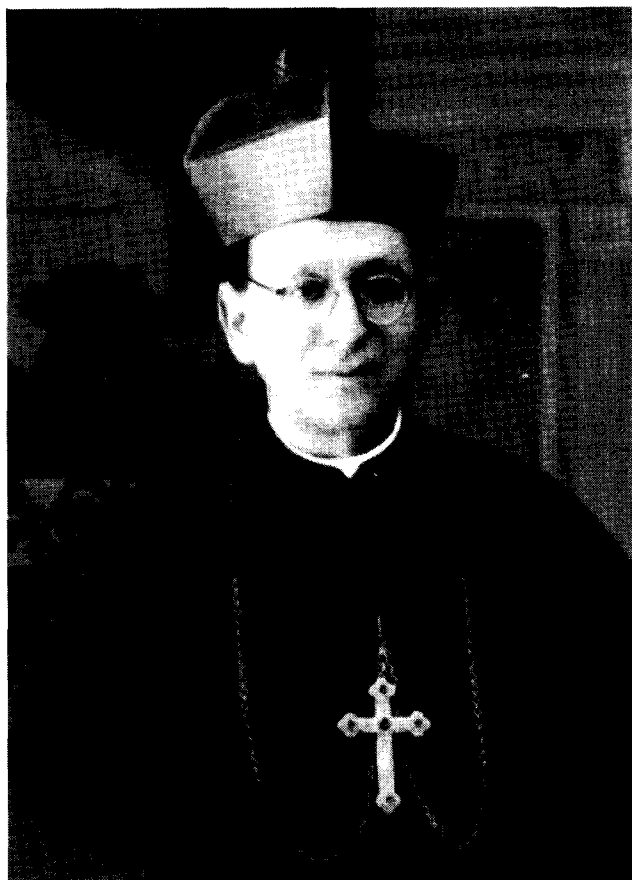
»A pesar de los terrores que nos asaltan y que en realidad no carecen de fundamento, abrigamos la persuasión de que Dios, que no abandona a los que se apoyan en Él, ha de suplir la natural deficiencia acudiendo en auxilio de nuestra debilidad.

»Si, pues, al fijarnos en nuestra pequeñez experimentamos cierto decaimiento y nos sentimos abrumados por el peso de la carga, cuando reflexionamos que el poder y misericordia de Dios nos asisten con las gracias de estado y que no faltan otras circunstancias propicias al éxito de la empresa a Nos encomendada, cobramos energías y nos atrevemos a concebir esperanzas halagüeñas. Cónstanos, además, que hay entre vosotros, queridos diocesanos, anhelos de un resurgimiento espiritual, aumento de piedad y de fe, un afecto tierno y sincero a la Virgen Santísima y a Jesús Sacramentado. Este es el camino de la regeneración. La Madre nos llevará al Hijo; y el Hijo, fuente de vida, que vino al mundo a traerla, y conversó y se quedó con los hombres para que la tuvieran en abundancia, nos la comunicará de su plenitud y hará que nos acerquemos al Padre celestial, al que no se puede llegar sino es por Él. Gran consuelo nos produce el saber que nuestros diocesanos, a fuer de cristianos viejos, como españoles de cepa y aragoneses, se distinguen por su amor a María y al Prisionero de los altares, devociones cuya práctica y desarrollo transformará, mejorándolos, a los individuos, a la familia y a la sociedad.»

«Quiso permanecer al lado de su grey en medio de los peligros»

En el verano de 1936 fray Anselmo ve, como todos, llegar la tormenta, y fiel a su lema quiso preparar sobrenaturalmente a sus sacerdotes con ejercicios espirituales, pero no tenía dinero para mantenerlos; por eso escribió a su amigo Manuel Irurita, quien a vuelta de correo le envió mil pesetas. Con ellas pudo encerrarse una semana con sus sacerdotes en el seminario.

A los pocos días se produjo el Alzamiento y se desencadenó la guerra. Su sede de Teruel quedó en el frente, a dos kilómetros de la línea de fuego. En diciembre se inició la ofensiva y voces prudentes le aconsejaron retirarse a zona más segura, ante el inminente peligro de caer en manos del enemigo. Su respuesta fue: «¿Te parece digno que abandone yo a mis ovejas en tales momentos, sólo porque merodea el lobo por las cercanías del aprisco?»



Beato Anselmo Polanco

A los sacerdotes que no tenían cura de almas en la ciudad les permitió marchar, pero él se ofreció al sacrificio voluntariamente, como recuerda el Papa en su homilía: «Quiso permanecer al lado de su grey en medio de los peligros, y sólo por la fuerza fue separado de ella».

Ocasiones no le faltaron. El frente se hallaba establecido cuando en marzo de 1937 viajó a Valladolid al entierro de su obispo. Comenzaron a sonar voces con su nombre como sustituto, pero rechazó toda insinuación. Visitó a su anciana madre en el pueblo, que le despidió con estas palabras: «Anselmo, tú a ser bueno. La obligación ante todo. Tu sitio está allí, donde te necesitan».

En agosto su santa madre enfermó gravemente. Quiso viajar en tren, pues no quería gastar en un coche. Le disuadieron por la urgencia y llegó a tiempo de darle la extremaunción, falleciendo en el Señor el día de la Asunción de María.

Se entrevistó con Monseñor Antoniutti, delegado oficial del Papa, quien le rogó porfiadamente que no volviera a Teruel, al igual que otros muchos amigos que alegaban que otros preladados dignísimos habían trasladado provisionalmente su sede, a los que respondió: «Tendrán seguramente razones que yo no tengo». Pero al re-

plicarle que una cosa era el valor y otra la temeridad, contestó: «Si eso valiera, nadie quedaría en las trincheras ni en los frentes de batalla. Mi trinchera y mi aprisco es Teruel».

Dios permite la persecución y la guerra para obtener mayores bienes

Desde la perspectiva agustiniana de la teología de la Historia, confortó a sus diocesanos sobre la causa y el sentido de tanto sufrimiento y calamidad, pero, sobre todo, les alentó en la confianza en la providencia amorosa de Dios con nuestra patria:

«En la guerra cruentísima que se ha librado y aun está librándose en el suelo español entre los defensores de la Religión, de la Patria y del orden y quienes alardean de llamarse a sí mismos los sin Dios y sus aliados, no han sido nuestras Diócesis de Teruel y Albarracín las menos castigadas por el temible azote. Ya desde los comienzos de la lucha fueron invadidos la mayor parte de los pueblos por las hordas marxistas que a mansalva cometieron toda clase de atropellos y crímenes, habiendo sido las personas y cosas sagradas el blanco principal del su furor. No pocos sacerdotes —ignórase todavía el número fijo— murieron mártires de la fe, otros viéronse precisados a huir para conservar la vida llegando a nuestra ciudad harapientos y maltrechos con el terror y el espanto pintados en el semblante, sin hábitos talarés y privados de recursos; bastantes debieron errar vagabundos y ocultos por riscos y breñas a fin de escapar a la ira de sus perseguidores; en suma: cabe aplicar a estos ministros del Señor lo que dice San Pablo en su Epístola a los Hebreos: "Sufrieron escarnios además de cadena y cárceles..., cayeron a filo de espada, anduvieron girando de acá para allá..., desamparados, angustiados, maltrechos, yendo perdidos por las soledades y montes y recogiendo en las cuevas y cavernas de la tierra". Y todo ello ¡por el grave delito de ser representantes de un Dios de bondad y amor...!

»Amadísimos Sacerdotes, víctimas inocentes de la barbarie roja! A imitación del Príncipe y modelo de Sacerdotes Cristo Jesús, ofreced vuestros trabajos y penalidades por esos pobres desgraciados y suplicad con el divino Maestro: "Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen".»

En los planes de la Providencia la guerra es una prueba y un castigo

»Las calamidades que se han cebado en España constituyen una prueba y un castigo. Toleraremos la primera, acatando los designios del Omnipotente: ¿quién sería

tan necio y osado que le pidiese cuentas de sus disposiciones? Bástenos la certeza de que ni la hoja del árbol se mueve sin la intervención de la voluntad divina y que todos los acontecimientos, así prósperos como adversos, "contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos que Él ha llamado según su decreto para ser santos". "El dolor purifica y eleva, es el instrumento que diestramente manejado por la mano del Soberano Artífice transforma las almas y las perfecciona, modelándolas y haciéndolas conforme a la imagen de Cristo crucificado." Para encajar en el edificio místico de la Iglesia a manera de piedras vivas que le hermosteen y engrandezcan, es precisa la operación previa de pulimento, la cual sólo puede conseguirse a golpes del martillo de la tribulación. ¡Benditos trabajos de los que provienen tan señalados beneficios...

»Prosigamos ahondando en el estudio del porqué de la tribulación. Esta, además del carácter de prueba, que se verifica principalmente en los justos, tiene el de castigo respecto de los pecadores. Al someternos a ella, Dios se propone nuestra enmienda y conversión. "No rehúses la corrección del Señor ni desmayes cuando Él te castigue, porque obra así en los que ama y en los cuales ha puesto su afecto como un padre en sus hijos". A los descarriados, reacios a las insinuaciones persuasivas con que intenta inducirlos al arrepentimiento, trata de vencerlos y atraerlos a Sí valiéndose de las penas y tribulaciones. La parábola del Hijo pródigo deja a menudo de serlo para trocarse en consoladora realidad.

»En la tragedia que está viviendo España muéstrase de un modo manifiesto este proceder de Dios. Nos flagela duramente, pero entre los trallazos del castigo se vislumbra el gesto amoroso del Padre que le templamos como recurso eficaz para corregir a los hijos prevaricadores. Ya se van notando los efectos.»

Frente al laicismo, causa del mal, urge restablecer la ley de Dios

»Prescindíase de Dios en las alturas del gobierno; más aún, su nombre santo era objeto de burlas y desprecios. La legislación y las instituciones rezumaban laicismo. La Iglesia y sus ministros sanudamente perseguidos, y conculcados sus derechos... Se ha de restablecer el imperio de la recta razón que es, al fin y a la postre, el de Dios, quien, saliendo por sus fueros culpablemente desconocidos y violados, nos recuerda la obligación en que estamos de someternos a su Ley...

»El momento no puede ser más oportuno. Dios ha abierto profundos surcos en el campo de labor, cuyo cultivo os está encomendado; con el arado de la tribulación reciente y la semilla escogida que en ellos se deposite producirá copiosos y sazonados frutos.

»No seamos sordos a la voz que nos aterra para sal-

varnos, y sirvan los trastornos y las adversidades presentes de escarmiento y saludable advertencia que suscite en nosotros la firme resolución de vivir siempre como católicos prácticos y buenos españoles. «Abandone el impío su camino y el inicuo sus designios, y conviértase al Señor, el cual se apiadará de él, y a nuestro Dios que es generosísimo en perdonar... Cobrad ánimo, pues el Señor ha venido a probaros y para que su temor se imprima en vosotros y no pequéis...» De esta manera, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, la sangre vertida resultará fecunda, al llanto y luto sucederá la alegría, a la guerra implacable y destructora la bienhechora paz, y lloverán sobre todos vosotros las bendiciones del cielo que de corazón pedimos, en prenda de las cuales os damos la nuestra en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

»Teruel, Domingo de Pasión, 14 de marzo de 1937.»

Poco después, el 1 de julio de 1937 la Carta Colectiva de los obispos se expresaba en parecidos términos: la Iglesia de España era mártir de Jesucristo Rey. La Iglesia no tuvo la más leve intervención en los hechos militares. Anselmo Polanco firmó la Carta con sincera adhesión a su propio sentir, sabiendo a lo que se exponía, hallándose en línea de fuego. Sus verdugos no se lo perdonarían. Fue el único obispo que capturaron tras la firma colectiva; por eso se la hicieron rubricar con su sangre.

«Sólo por la fuerza fue separado de su rebaño»

En diciembre comenzó la ofensiva sobre Teruel, que quedó cercada. Los defensores se parapetaron en el seminario y en el convento de Santa Clara. El obispo rezaba, confesaba y ayudaba a bien morir, exhortando a llevar con resignación las penalidades del asedio. Cada día presidía el rezo del rosario, al que se sumaban los militares libres de servicio. En la Nochebuena, entre el estruendo de las bombas, ofreció la misa del gallo por los vivos y por los muertos.

Tras momentos de fallida esperanza de liberación y de dos semanas de bombardeo y asaltos, capituló la plaza. Se estipuló que los civiles serían evacuados por la Cruz Roja. El obispo, su vicario episcopal, el canónigo magistral de Albarracín y los sacerdotes refugiados con ellos, salieron de entre las ruinas y se entregaron a las autoridades republicanas. El corresponsal del *Daily Express* lo describe así:

«Después de mediodía el Obispo de Teruel fue sacado de entre las ruinas con negra barba no rasurada desde varios días, las mejillas pálidas y enjutas, abrigado el cuello con una bufanda negra, y un gorro en la cabeza. Los feroces dinamiteros no mostraron alegría al verle preso, ni hicieron gesto alguno poco correcto. También

ellos sintieron compasión, viendo al Obispo en aquella forma confundido con otros prisioneros militares. Alguien le dió un vaso de agua. El Obispo manifestó su gratitud con una sonrisa».

«Fue llevado de acá para allá, sufrió escarnio además de cadena y cárcel»

Fueron llevados presos a una cárcel de Valencia, y una semana después, el 17 de enero de 1938, conducidos a Barcelona el obispo y sus ayudantes, junto con los jefes militares defensores de Teruel.

Llamado a declarar, ante la imputación de haber alentado la resistencia, respondió: «Yo nunca me salí de mis atribuciones». Preguntado sobre el trato recibido, dijo: «Del trato no estoy quejoso, protesto, sin embargo de que, siendo como soy evacuado de la Cruz Roja, se me tenga prisionero e incomunicado».

Resultaba embarazoso al Gobierno republicano, en pleno año 1938, cuando proclamaba su intención de autorizar el culto religioso, tener encarcelado a un obispo de la Iglesia católica sin proceso alguno. En mayo se le enjuició por haber puesto la firma en la «Carta del Episcopado». El Juez especial nombrado no logró hablar con el Obispo, a pesar de haberlo solicitado repetidas veces. A fines de septiembre le llevaron a la cárcel el pliego de cargos para que los contestara. El obispo pidió al vicario general de Barcelona, padre Torrents, que le visitaba, le trajera el «Codex» para argumentar su defensa, y le expuso su contenido; así lo narra éste:

«Hay —vino a decir— en la carta doctrina y hechos. Ahora bien:

»1: En punto a la doctrina, nada puedo rectificar; es la doctrina de la Iglesia.

»2: En punto a los hechos aducidos en la Carta, por muy serenas, diligentes y de fiar que hayan sido las informaciones, cabe todavía error, si no de conjunto y substancial, por lo menos en alguna cifra o dato, que nunca desvirtuará la tesis, haciendo menos sólida e irrefutable su argumentación.

»Así pues: Derrostandome que hay error, lo rectificare con gusto; mas en el hueco del dato erróneo, eliminado y rectificado, yo puedo colocar otros de los que fui testigo; por ejemplo, los crímenes rojos de Albarracín, que no puedo ni debo silenciar.»

El obispo entregó la contestación a los cargos y tras ello ya no se practicó diligencia alguna. El expediente fue archivado. El fiscal de la República y el Gobierno debieron estimar mejor, ante el tono firme y acusador del descargo, no airear más el caso. El mártir siguió prisionero junto a su vicario y canónigo y a los jefes militares.

«¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís que no sois cómplices de la sangre de los profetas!»

Si la situación era embarazosa para el Gobierno, resultaba insostenible para los políticos católicos que colaboraban con él. Viendo el sesgo desfavorable de la guerra, se presentó un programa de moderación que incluía el libre ejercicio de prácticas religiosas, pero para su credibilidad había que resolver el asunto Polanco, que se confió al católico ministro de Justicia Manuel Irujo. Éste encomendó la gestión a uno de sus adláteres de confianza, el canónigo Alberto Onaindía, quien visitó al obispo en la cárcel en marzo de 1938, ofreciéndole en nombre del Gobierno la libertad a cambio de dos condiciones. Del resultado de la entrevista da cuenta al vicario Torrent:

«—Porque lleva el señor Obispo a tal extremo su intransigencia y terquedad, Padre Torrent, que, habiéndole yo dicho: —Mañana mismo pasará su Ilustrísima la frontera, si promete no volver a la España faccionosa, ha llegado a responderme: "—Señor Onaindía, soy Obispo católico y debo estar a las órdenes del Romano Pontífice. No puedo, de consiguiente, aceptar esa condición, aunque el rechazarla me cueste la libertad y la vida".»

Ante tal respuesta no se atrevió el emisario a insinuarle la segunda condición, que sería la de reconocer haber sido presionado a firmar la Carta del Episcopado.

Mucho se ha escrito sobre distintas gestiones para la liberación del Obispo durante los trece meses en que estuvo preso del Gobierno. La mayoría fueron llevadas a cabo a través de dirigentes nacionalistas vascos aliados al Gobierno republicano, y de sus acólitos en Cataluña. Alguna por mediación del cardenal Verdier y otros eclesiásticos. Todas fracasaron.

No parecía tan difícil para unos políticos que se presentaban como católicos, miembros o aliados de un gobierno que sabía ya perdida la guerra, exigir, sin condición previa alguna, la libertad de un obispo de la Iglesia, evacuado de una ciudad ocupada en una operación militar, y frente al que no existía proceso judicial abierto, largos meses preso e incomunicado, por más que discrepaban de su actuación pastoral.

Vinieron a visitarle a la cárcel, no sin exponerse a críticas y burlas de sus compañeros de gabinete, José Antonio Aguirre, presidente de la República de Euzkadi, y el ministro de Justicia de la República Española, el también católico vasco Manuel Irujo. Le besaron la mano en signo de sumisión como sucesor de los apóstoles. Querían sinceramente liberarle, ofreciéndole condiciones que para ellos eran aceptables. No pudieron entenderse porque partían de base distinta y hablaban también distinto lenguaje. Para los dignatarios, la lamentable situación del obispo se debía a su conducta imprudente,

mientras que para el mártir la causa de su sufrimiento era ser fiel testigo de Cristo. Hablaba éste el lenguaje sobrenatural de la gracia, el pecado y la salvación de las almas, buscando primero el Reino de Dios y su justicia; mientras sus interlocutores buscaban primero la añadidura, a través de trueques y transacciones. Eran católicos sí, pero en el ámbito privado; públicamente antes eran liberales, nacionalistas o demócratas, y por ello, su catolicismo debía limitarse a la medida en que pudiera ser compatible con lo primero. El obispo les confesó que no alcanzaba a comprender cómo habían podido aliarse con el Diablo. El diálogo fue imposible.

En definitiva, que fracasaran tantas gestiones y mediaciones de personas diplomáticas y bien intencionadas, pone de manifiesto que no hay sabiduría ni habilidad, ni fuerza humana capaz de impedir la gloria del martirio a aquellos que Cristo, Rey de los mártires, ha predestinado, y fray Anselmo Polanco era uno de ellos.

«Y sometido a prueba, cayó al filo de la espada»

Tras pedir y obtener autorización expresa del subsecretario de Defensa el 30 de julio el padre Torrent le llevo la Comunión al obispo, y a sus sacerdotes compañeros de cautiverio y les autorizó a celebrar misa en su celda. Las mujeres de la capilla vasca le llevaron una casulla y ornamentos pero el obispo preso se negó a recibir nada de ellas, por lo que tuvieron que entregárselo al Vicario Episcopal para que se lo hiciera llegar. Cada quince días le llevaba formas y vino. La primera misa la dijo el 28 de agosto, fiesta de san Agustín.

Cuando en enero de 1939 las tropas nacionales se acercan a Barcelona el Gobierno ordena que el obispo y sus compañeros sean llevados a Capdevánol, y luego a Ripoll, San Juan de las Abadesas y a Pont de Molins, desde donde ven a pocos kilómetros la nieve de los Pirineos que marca la frontera, y con ella la libertad. Algunos oficiales que les habían cobrado afecto durante tantos meses de custodia, quisieron liberarles ante la desbandada general, pero llegó orden de Vicente Rojo que «el Obispo de Teruel y demás personalidades de relieve fueran llevada a Valencia desde Rosas.» Los presos, entre ellos el obispo y sus compañeros, fueron entregados al comandante Pedro Díaz, de la brigada de Líster, quien haciendo caso omiso de la orden, los fusiló en el barranco de can Tretze, a las afueras del pueblo y después mandó quemar con gasolina los cadáveres.

El alma de Anselmo Polanco Fontecha subía directamente al Cielo aquel 7 de febrero de 1939, pues para los mártires no hay purgatorio.

Al trasladar sus restos a su diócesis, pocas semanas después, su amigo y defensor el vicario general de Barcelona, padre Torrent, decía de él:

«Ilustrísimo Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Teruel.

»Ilustrísimo Sr.: No un pésame sino una felicitación muy cordial, sincera y sentida a esa Diócesis, por la muerte del Sr. Obispo Polanco.

»Yo soy el único testigo de sus sufrimientos y virtudes desde día 17 de enero de 1938 en que ingresó en el cuartel "19 de Julio" hasta el 23 de enero último en que se lo llevaron los rojos con rumbo desconocido, hasta que el hallazgo de su cadáver ha dado certeza a lo que eran temores fundados.

»Es uno de los favores señalados que la Providencia de Dios ha concedido durante estos treinta meses de persecución, el haber conocido al Exmo. Sr. Polanco y recibir de su conducta serena y pontifical una edificación y una ejemplaridad que no podré olvidar jamás... El sobrenaturalismo del Dr. Polanco, como cristiano, sacerdote, religioso y Obispo, se manifestó constantemente de una manera heroica y de gran edificación para sus carceleros.

»Mi última entrevista tuvo lugar un sábado, el 14 de enero de 1939.

»Yo siempre le vi entregado en manos de la Providencia: completamente sereno en el hablar y obrar. Tenía espíritu permanente de mártir: la muerte en Pont de Molins fue únicamente el último eslabón... Estoy enamorado de Fray Anselmo Polanco... No es posible llevar con más decoro la dignidad episcopal...

»Reciba su Ilustrísima y la Diócesis toda de Teruel los afectos de quien, sin conocerlos personalmente, los ama con predilección, gracias a las virtudes y martirio del Dr. Polanco.»

Robustecido por la gracia de Dios que actúa en la debilidad humana

«Dios, mediante un acto solemne de la Iglesia, corona sus méritos manifestando el don de gracia que les hizo, porque el martirio es una gracia especial del Espíritu Santo», dice el Papa en la beatificación.

Anselmo Polanco era miedoso, impresionable y asustadizo. Durante el sitio de Teruel celebraba la santa Misa antes del amanecer porque tenía miedo de que, ya de día, la sirena que anunciaba los bombardeos le descontrolase y no pudiera terminarla. La sorprendente serenidad y firmeza de que habla el padre Torrent no procedían de la sangre, que le pedían pasara de él el caliz, sino del don de fortaleza que el Espíritu Santo da a sus mártires, como dice el Papa: «Signo vivo del poder de Cristo que actúa en la debilidad humana».

«El mismo Cristo, único señor de todo el universo, el Rey de reyes y Señor de señores, es la gloria de los mártires. A Él se dé la gloria, el honor en los nuevos beatos mártires, ahora y por siempre.»

LA GLORIA DEL MARTIRIO

En recuerdo de mis tres profesores escolapios mártires

Francisco Canals Vidal

Los que fuimos alumnos del Colegio de Nuestra Señora de las Escuelas Pías, de la Calle Diputación en Barcelona, sentimos gozo y agradecimiento, a Dios y al Papa Juan Pablo II, por la beatificación de los mártires escolapios, nuestros profesores los padres Francisco Carceller, Ignacio Casanovas y Enrique Canadell.

Nuestro sentimiento no podría ser perturbado por ninguna artificial polémica o cavilación sociológico-políti-

La persecución religiosa en España, de los años de 1936 a 1939, que dio a la Iglesia una floración fecunda de mártires de la fe católica; superior en número al total del que causaron las diez persecuciones romanas, constituye por lo mismo uno de los más gloriosos y significativos acontecimientos de la vida histórica del Pueblo de Dios.

La contemporaneidad entre auténticos martirios por la fe con acontecimientos políticos por los que la



Beato Enric Canadell
(1890 - 1936)



Beato Francesc Carceller
(1901 - 1936)



Beato Ignasi Casanovas
(1893 - 1936)

ca. Convivimos con ellos durante muchos años, en las clases, en los recreos, en el local del grupo de la Federació de Joves Cristians de Catalunya del que fue consiliario el padre Carceller, y al que yo pertencí como *avantguardista* y mis hermanos como *fejocistas*. Les oímos predicar con fervor en la capilla, o nos atendieron con gran celo en el confesionario.

Les conocimos y no les hemos olvidado. Y así como tenemos la certeza de que nos querían, así también no ha desaparecido en nosotros nunca nuestro cariño y agradecimiento hacia ellos. No me sorprende que en los admirables designios de Dios, fuesen escogidos para morir como testigos de la fe en Cristo, perseguidos por el odio a ella, en lo que consiste precisamente el «martirio» que la Iglesia ha reconocido en ellos, y por el que autoriza públicamente su culto.

persecución religiosa ha quedado inmersa en pasiones y motivaciones ideológicas, se ha producido muchas veces en la historia. Desde los tiempos de los siete hermanos mártires contemporáneos de los alzamientos macabaicos del pueblo de Israel contra la dominación helénica, hasta los mártires de la fidelidad a la Santa Sede en la Francia jacobina, contra la que se alzó el Oeste, en una rebelión contra la república jacobina que ya no cesaría sino con el Concordato napoleónico que restablecía la comunión con la Cátedra romana.

Esta simultaneidad y paralelismo no ha sido nunca obstáculo ni al reconocimiento eclesiástico de la autenticidad del martirio, ni al juicio inspirado en la conciencia histórica católica, que ha valorado el legítimo sentido de defensa de una tradición social católica contra una política inspirada en una filosofía atea y descristianizadora.

Por esto también los mártires en la concreta situación histórica en que se encontraron hubieron de discernir sobre las apariencias y las hipocresías de sus adversarios. El Obispo Polanco, al negarse a retirar su firma del documento colectivo del episcopado español en defensa de la Cruzada, no hacía sino evitar el peligro cierto de que los enemigos de la fe abusasen del gesto que le proponían en perjuicio de sus hermanos en el Episcopado y de todos los fieles cristianos que estaban siendo víctimas del odio de los enemigos de Cristo.

En una conferencia que el historiador jesuita Batllori pronunció hace algunos años en la Balmesiana, acerca del encarcelamiento y la muerte del padre Ignacio Casanovas S.I., el creador del Foment de Pietat y de toda la constelación de obras de piedad y cultura reunidas en torno a la Editorial Balmes y a su Biblioteca, se refirió al hecho de que el insigne jesuita había quedado alojado en un local que en la calle Buenavista tenía la Esquerra Republicana de Catalunya, y que pensaban muchos que estaba allí más bien en concepto de «rehén», y desde luego con el intento de preservar su vida de una persecución ejercida entonces especialmente por los anarquistas.

Me he preguntado muchas veces acerca de qué acontecimientos desconocidos causaron el hecho de que finalmente aquel «refugio» no condujera a evitar que el ilustre jesuita fuese bien pronto asesinado y así su nombre quedase incorporado al de los numerosos testigos de la fe de Cristo en la Barcelona de 1936. ¿No ocurriría con él algo parecido a lo que ahora sabemos del Obispo Polanco? ¿Se le propuso al padre Ignacio Casanovas decir

o escribir algo que le hubiese separado de la solidaridad con los sacerdotes y laicos, religiosos de su propia orden, benedictinos de Montserrat, obispos como Irurita y Borrás, y toda la legión que espera sin duda la gloria de los altares en un futuro no lejano?

En este momento y en el contexto de nuestra situación religiosa y cultural, con todos sus problemas y confusiones, la beatificación de mis tres profesores mártires, religiosos de las Escuelas Pías, es en sí misma un mensaje de orientación y de aliento. Su misma vida y su muerte, al dar testimonio de la fe católica, es una refutación viviente de tantos sofismas que se trata ahora de sugerir, incluso en detrimento del respeto debido a la Santa Sede.

Cada uno de ellos era distinto del otro: el padre Carceller, natural del Forcall, el primer consiliario *fejocista* beatificado, tenía todas las actitudes características de aquel movimiento, al que pertenecían tantos mártires; al escolapio padre Ignacio Casanovas, hijo de Igualada (a pesar de la coincidencia de nombre y apellido, sin ningún parentesco con el jesuita fundador de la Balmesiana), de mentalidad arraigadamente tradicional no parecía gustarle mucho la orientación de la Federació de Joves Cristians de Catalunya; el padre Enrique Canadell, de Olot, lector de *El Correo Catalán*, devotísimo del Corazón de Jesús, era un ferviente predicador del Reino de Cristo, y citaba en sus sermones la obra de Sardá y Salvany y enunciaba como una tesis firme y cierta el enunciado de su título: *El liberalismo es pecado*. Le traté mucho en el confesionario y no se me ha olvidado la unción e íntima piedad de sus exhortaciones sacerdotales.

LOS EFECTOS DEL COMUNISMO ATEO

En las regiones en que el comunismo ha podido consolidarse y dominar —Nos pensamos ahora con singular afecto paterno en los pueblos de Rusia y de México—, se ha esforzado con toda clase de medios por destruir (lo proclama abiertamente) desde sus cimientos la civilización y la religión cristiana y borrar totalmente su recuerdo en el corazón de los hombres, especialmente de la juventud. Obispos y sacerdotes han sido desterrados, condenados a trabajos forzados, fusilados y asesinados de modo inhumano; simples seglares, por haber defendido la religión, han sido considerados como sospechosos, han sido vejados, perseguidos, detenidos y llevados a los tribunales.

También en las regiones en que, como en nuestra queridísima España, el azote comunista no ha tenido tiempo todavía para hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado, sin embargo, como para desquitarse, con una violencia más furibunda.

No se ha limitado a derribar alguna que otra iglesia, algún que otro convento, sino que, cuando le ha sido posible, ha destruido todas las iglesias, todos los conventos e incluso todo vestigio de la religión cristiana, sin reparar en el valor artístico y científico de los monumentos religiosos. El furor comunista no se ha limitado a matar a obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, buscando de un modo particular a aquellos y a aquellas que precisamente trabajan con mayor celo con los pobres y los obreros, sino que, además, ha matado a un gran número de seglares de toda clase y condición, asesinados aun hoy día en masa, por el mero hecho de ser cristianos o al menos contrarios al ateísmo comunista. Y esta destrucción tan espantosa se realiza con un odio, una barbarie y una ferocidad que jamás se hubieran creído posibles en nuestro siglo.

Pío XI: *Divini Redemptoris*

Los nuevos beatos de la Revolución francesa

Teresa Manresa Lamarca

Los orígenes: la labor de san Luis M^a Grignon de Montfort

¿De dónde surgen estos hombres, sacerdotes, mujeres, niños... capaces de dar la vida por Dios y su fe en Él muriendo de las inimaginables y brutales maneras durante la Revolución francesa?

Remontémonos cerca de ochenta años y, permaneciendo en el mismo paisaje, vemos llegar a un santo que, echado de Bretaña, su patria, es conducido hasta allí, para iluminar con su palabra apostólica y abrasar de tal modo a las poblaciones, que hizo aparecer allí héroes y mártires de la fe. Y entre ellos los nuevos beatos de los que hablamos. Este santo era san Luis M^a Grignon de Montfort, llamado por Monseñor de Champflour, obispo de La Rochela, quien acogió con alegría al nuevo apóstol que Dios le enviaba para trabajar en la salvación de su propio rebaño. Este obispo de La Rochela junto con otros dos obispos de Francia, eran los únicos en esta época a los que el jansenismo no había contagiado. Estuvo san Luis M^a predicando contra los jansenistas, sus perseguidores y calumniadores, y convirtiendo a muchos calvinistas que había en esa época en La Rochela. Hubo grandes conversiones, aunque allí intentaron matarlo y lo envenenaron quedándole sus secuelas para el resto de su vida. A pesar de todo, el apostolado de este gran santo en La Rochela, conmovió profundamente la ciudad. Su influencia fue grandiosa en toda esta zona y la cercana Vendée. Estamos a finales de 1711 y principios de 1712. Unas décadas más tarde, durante la Revolución, serían estos lugares escenarios de carnicerías y persecuciones, y también de testimonios como el de Juan Bautista Souzy, nuevo beato desde ahora, sacerdote de esta diócesis de La Rochela.

El ambiente

¿Cuáles son las causas que provocaron estas muertes y qué hizo a aquellos hombres dar su vida como la dieron?

Hasta el estallido producido por la Revolución francesa la sociedad civilizada había vivido a la luz del dogma cristiano. La sociedad medieval se mueve dentro de esa idea de la dependencia de Dios, que implica sumisión de la razón a la Verdad revelada y señala los límites en el ejercicio de su libertad.

Ahora Voltaire, en una carta a Damilaville, le confiesa: «La religión cristiana es una religión infame, una hidra abominable, un monstruo a quien hace falta que cien manos invisibles traspasen... Es preciso que los filósofos lo digan a todo el mundo para destruirla, como los misioneros recorren las tierras y los mares para propagarla. Deben intentarlo todo, arriesgarlo todo, hacerse quemar, si es preciso, para destruirla. Aplastemos, aplastad al Infame».

Este odio contra Dios, su Cristo y su Iglesia, y el odio contra los sacerdotes van más allá aún. Es un odio contra la humanidad, envilecer, aniquilar a esta humanidad a la que el Hijo de Dios quiso descender. De ahí una inconcebible necesidad de destruir y de corromper. Destrucción moral, destrucción intelectual, destrucción política y social, destrucción física pura y simple de la misma vida corporal.

La Revolución de 1789 se encargó de realizar metódicamente ese programa: la muerte o el destierro para muchos sacerdotes y religiosos. La persecución para todos, salvo, claro está, para aquellos que traicionaron.

Ejemplos de esta crueldad por la crueldad, asesinando a todo el que le saliera al paso con la máxima estoicidad y sarcasmo posibles, nunca hasta entonces imaginado, los descubrimos al entrar en la vida y persecución de estos nuevos beatos de la Iglesia, sobre los que reflexionamos aquí. Son hombres como Carrier, un monstruo capaz de inventar el «modo revolucionario» de matar a la gente, como a él gustó decir, anegando y ahogándolos en el mar y los ríos de la forma más vejante y cruel maquinada nunca. Confesaba él mismo que «todo buen republicano ha de sentirse feliz al ver morir esas bestias»; era un gusto especial ver ejecutar y ahogar sacerdotes. A éstos son los que hoy glorifica la Iglesia. Otro ejemplo de esta brutalidad fue el general Turrou y sus columnas infernales, que recorrieron la zona de La Vendée.

El martirio

Durante la Revolución francesa, al ser proclamada por la Asamblea Constituyente la llamada Constitución Civil del Clero, muchos sacerdotes rehusaron jurarla. Se tomaron entonces medidas extremas contra estos sacerdotes no juramentados.

En la primavera de 1794, 829 sacerdotes y religioY



son embarcados en Rochefort en dos barcos viejos negreros que anclaron en la embocadura de la Charente frente a la isla de Aix. Amontonados en un estrecho entrepuente, viven un verdadero infierno bajo el calor y la hediondez más espantosa, agravada por la maldad de la tripulación que cada mañana les llenaba de humo con los vapores de alquitrán. Durante el día, de pie sobre el puente, sólo tienen derecho a un escaso alimento, a menudo suprimido.

La mayoría son sometidos al robo, a la brutalidad y a las burlas de los marineros. Cualquier plegaria, cualquier signo religioso es, evidentemente, prohibido y severamente castigado.

Después de diez meses, como consecuencia de estos malos tratos, se cuentan 547 muertos. Entre ellos, Juan Bautista Souzy, sacerdote de la diócesis de La Rochela a quien el obispo del lugar había otorgado los poderes de vicario general para la deportación y a bordo del cual fue muerto y luego enterrado en la arena de la isla Madame el 27 de agosto de 1794. Él, junto con 63 compañeros que pertenecían a otras diócesis de Francia y 12 institutos religiosos, han dejado un testimonio conmovedor de fidelidad y de caridad.

El espíritu que reinó entre la gran mayoría de los de-

portados es, en efecto, admirable. Muchos se hacen enfermeros para cuidar a sus hermanos enfermos, los cuales, prácticamente todos, se contagiaron.

Frente a la prohibición absoluta de toda plegaria, muchos subterfugios permitirán conservar una auténtica vida espiritual. Incluso se redacta un cuaderno de resoluciones. Se descubre un sorprendente espíritu de abandono en Dios y el empeño en perdonar las ofensas. Se refleja esto en la frase pronunciada un día por uno de los sacerdotes antes de convertirse en su divisa común: «Si somos los más desgraciados de los hombres, somos también los más dichosos de los cristianos».

Se piensa ordinariamente en las víctimas de la guillotina y causa asombro cómo han sido olvidados los deportados a Cayena y a los pontones de Rochefort. La Iglesia no olvida a sus fieles hijos y gracias a esto escribimos hoy esta breve noticia sobre ellos. Estos prisioneros flotantes sobre dos buques retirados de la navegación, el *Bonhomme Richard* y el *Borée*, a los que se sumaron otros dos barcos que habían servido a la trata de negros: el *Washington* y *Les Deux Associés*. En uno de ellos se sabe que amontonaron 400 hombres en los entrepuentes, cuando no había ni siquiera sitio para 40: en el espacio de tres meses, 112 sacerdotes sucumbieron a bordo del sólo navío *Les Deux Associés*. En cuanto a los sacerdotes deportados a la Guayana, si creemos a Victor Pierre, de los 155 que llevó *La Décade*, 99 murieron; de 109 transportados por *La Bayonnaise*, 63 fallecieron en Cayena... y así continuaríamos con los demás.

Conclusión

¡Qué escándalo para un país como Francia que debía todo a la Iglesia! ¡Cuán radical fue el cambio y desastroso el ejemplo!

La Revolución no fue más que la aplicación del racionalismo al orden civil, político y social. Su principio, como su fin, es eliminar el cristianismo entero, la revelación divina y el orden sobrenatural, para atenerse únicamente a lo que sus teorizantes llaman los postulados de la naturaleza y la razón. Se hizo efectivo el deseo volteriano de ¡Basta de Dios!. En prueba de lo cual, la Hija Primogénita de la Iglesia vio a Jesucristo Nuestro Señor sistemáticamente expulsado de toda la vida social.

Y Pío XI recordaba que durante la Revolución francesa «la era antigua de las persecuciones parece renacer y la Iglesia, la esposa sin tacha de Cristo, parece que deba pronto adornarse de nuevas y gloriosas coronas de mártires».

(Termina en la página siguiente)

MÁRTIRES CAPUCHINOS DE LA INTOLERANCIA

fr. V. S. de M.

El 21 de marzo pasado monseñor Jacques David, obispo de La Rochelle, en una carta dirigida a los superiores mayores de las órdenes y congregaciones interesadas, comunicaba que el domingo 1 de octubre de 1995 era la fecha fijada por la Secretaría de Estado del Vaticano para la beatificación de Jean-Baptiste Souzy y de sus 63 compañeros mártires de la Revolución francesa.

Entre estos mártires la familia franciscana cuenta con 5 religiosos: dos conventuales y tres capuchinos. De los 23 capuchinos inmolados «in odium fidei» por los predicadores de la «tolerancia», protagonistas de los estragos de la Revolución francesa el año 1794 en Rochefort, han sido escogidos solamente tres para ser beatificados; de los otros 20 falta la documentación necesaria para probar el martirio. Al presente se trata de fray Jean-Louis de Besançon, fray Sebastián de Nancy y fray Protasio de Sèez. Al tiempo de la Revolución el nuevo beato fray Jean-Louis pertenecía a la provincia capuchina de Lyon (actualmente France-Sud), el beato Sebastián pertenecía a la de Lorena (en la actualidad Estrasburgo-Valona) y fray Protasio a la de Normandía (hoy París).

Los tres corrieron el mismo proceso de martirio por negarse a prestar juramento a la Constitución Civil del Clero y manifestar su decidida voluntad de perseverar en su vocación sacerdotal y capuchina, rehusando volver a la vida secular y eligiendo voluntariamente el camino del exilio.

El beato Protasio de Sèez fue condenado por haber celebrado misa sin permiso de la autoridad civil; fue deportado a la Guayana el 19 de marzo de 1794. Después de un largo camino, andando encadenado durante cuarenta días, se trasladó de Rouen a Rochefort y fue embarcado en la nave negrera *Deux Associés*, donde hubo de soportar condiciones de vida muy atroces. Su cuerpo fue enterrado en la isla de Madame.

El beato Sebastián de Nantes fue también encarcelado por el mismo motivo y embarcado en la misma nave y junto con sus compañeros sufrió humillaciones y malos tratos. Y el beato Louis de Besançon, compañero de martirio de los otros dos capuchinos, fue también condenado a la deportación y torturado en la misma nave negrera *Deux Associés*. De carácter bondadoso y alegre, cantaba para alegrar a los compañeros de cautiverio y aliviar los sufrimientos de los prisioneros. El 19 de mayo de 1794 le encontraron en la nave muerto de rodillas, víctima de las torturas, y fue enterrado en la isla de Aix.

En el ya lejano 17 de octubre de 1926 fue beatificado el primer capuchino víctima de la persecución religiosa suscitada en los difíciles años de la Revolución; fray Apolinar de Posat, que junto con 160 compañeros fue elevado a los altares durante el «Año Franciscano» por el papa Pío XI.

(Viene de la página anterior)

Y así fue. Hoy la Iglesia los propone como ejemplo a seguir, ellos mismos nos proponen su mensaje: «Si hemos hecho ver a nuestros guardianes que el hombre sostenido por la gracia puede sufrir todo por la religión, le hemos mostrado que somos discípulos de un maestro que murió perdonando a los enemigos». El ejemplo de amor a la Iglesia que profesaron estos mártires es también hoy ejemplo para nosotros. Rezaba en el puente del barco donde dio su vida, uno de estos sacerdotes mártires: «Tengo el máximo pesar, oh mi Dios, por no poder celebrar u oír la santa misa. Adoro, oh mi Dios, y respeto los decretos de vuestra Providencia que nos quitan la libertad. Para suplirlo, os ofrezco todos los Santos Sacrificios que se os ofrecen en el mundo entero. Me uno a todos los sacerdotes católicos

que celebran en este día la santa misa y particularmente a nuestro Santo Padre, el Papa».

Por toda esta ofrenda a Dios de la vida propia y por este ejemplo maravilloso para los que aún caminamos en este valle de lágrimas, damos gracias al Señor por el don de Su Espíritu que infundió tal valor a los sacerdotes y religiosos, deportados a los pontones de la embocadura de la Charante, en Rochefort, durante la Revolución.

«De ahora en adelante, —aprobó el Papa el 1 de octubre pasado—, pueden ser llamados beatos y se puede celebrar su fiesta en sus lugares según la regla establecida por derecho, cada año el 18 de agosto para Jean-Baptiste Souzy y 63 compañeros.»

«Santa liga de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús»

Palabras de monseñor Tagliaferri en Valladolid

Siento una verdadera satisfacción al dirigirme a todos vosotros en esta ocasión en que celebramos los 150 años del Apostolado de la Oración, dentro de esta gran Asamblea, en la que están representadas todas las ramas del Apostolado de la Oración de España: adultos, jóvenes y niños del Movimiento Eucarístico Juvenil. Dirijo mi respetuoso saludo al Sr. Arzobispo de Valladolid, Mons. José Delicado Baeza y al Prepósito General de la Compañía de Jesús y Director Mundial del Apostolado de la Oración, P. Peter Hans Kolvenbach, venido expresamente de Roma para esta celebración, subrayando de este modo la importancia que atribuye al acontecimiento que estamos viviendo. Saludo igualmente, con todo afecto, al Director Nacional, P. Manuel Orta, a los sacerdotes concelebrantes, a los vocales del Consejo Nacional, a los Directores Diocesanos y locales presentes y a todos los responsables y socios del Apostolado de la Oración reunidos en este Santuario.

Desde la fiesta de San Francisco Javier del año pasado, nos encontramos dentro del año jubilar en el que recordamos el nacimiento del Apostolado de la Oración. Este tuvo lugar de ese modo sencillo con que suelen tener origen las cosas grandes en el reino de Dios. En efecto, el día 3 de diciembre de 1844, el director espiritual de los jóvenes estudiantes jesuitas del filosofado de Vals, P. Francisco Xavier Gautrelet, pronunció ante ellos una plática memorable. Su planteamiento pretendía dar una respuesta de fondo a las inquietudes —por lo demás muy normales— de aquellos estudiantes. Ante la aridez de los estudios y la monotonía de su vida entre clases y libros, se sentían inquietos. Soñaban con ser misioneros y emular las hazañas del gigantesco apóstol de la India y el Japón. Desgraciadamente estos sueños tenían el peligro de inducirles a descuidar la entrega seria y total a lo que era entonces su obligación fundamental: el estudio y la vida oculta, a imagen de la de Jesús en Nazaret, a la que se veían entonces obligados. Soñar en algo que sólo es posible en el futuro, puede desdibujar la importancia del presente. El P. Gautrelet les recordó que podían ser misioneros ya ahora, desde el silencio de sus estudios, con su oración y con el ofrecimiento de sus trabajos a Dios.

La solución ofrecida por el P. Gautrelet a sus estudiantes se situaba en la más clara tradición de la doctrina espiritual ignaciana. El mismo San Ignacio de Loyola había tenido que enfrentarse con el mismo problema planteado, ya en su tiempo, por los estudiantes jesuitas de Coimbra. A ellos proponía un principio fundamental: «En este comedio que el estudio dura, no os parezca que sois inútiles al prójimo [...]. Además de la intención de [trabajar] adelante, debería cada día ofrecerse a Dios por los prójimos; que, siendo Dios servido, de aceptarlo, no menos podría ser instrumento para ayudar al prójimo que las prédicas o confesiones».¹

En el caso de la plática tenida en Vals el 3 de diciembre de 1844, fue providencial que el P. Gautrelet no se contentara con haberla pronunciado. Muy pronto, dio forma a esta doctrina en un breve opúsculo que la difundiría más allá de los muros del filosofado de Vals y de los ambientes jesuíticos en que la plática había tenido lugar. Su obrita llevaba como título: *El Apostolado de la oración*, y vio la luz dos años más tarde de haber pronunciado su plática.² Con ella pretendía «hacer la propagación de la fe por medio de la oración», y también conseguir que los planteamientos de todos aquellos que querían vivir una vida espiritual seria, no se cerrasen sobre sí mismos, sino que vibraran con los grandes problemas de la Iglesia, especialmente en las misiones, es decir, en la propagación del Evangelio, «mediante el celo y la caridad que hacen salir al hombre de sí mismo».³

La intuición del P. Gautrelet fue desarrollada por el P. Henri Ramière a quien se debe el mérito de haber explicitado, mediante una poderosa síntesis teológica, los elementos eclesiales y cristológicos que estaban implicados en ella, y de haber dado organización, impulso y, consecuentemente, difusión al Apostolado de la Oración. A él se debe la fundación en 1861 del primer *Mensajero del Corazón de Jesús*.⁴ A la muerte del P. Ramière, en

1. San Ignacio de Loyola: *Carta a los Padres y Hermanos de Coimbra* (7 de mayo de 1547), 7: *Obras completas*, 2ª ed. (Madrid, BAC, 1963) pp. 687-688.

2. *L'Apostolat de la prière* (Lyon-Paris, 1846)

3. *L'Apostolat de la prière*, pp. 84-85.

4. *Messenger du Sacré-Coeur*.



1884, el Apostolado de la Oración contaba con 35.000 centros diseminados por el mundo entero con 13 millones de miembros y 14 *Mensajeros* en diferentes lenguas.

Pero, dentro de la gran construcción teológica del P. Ramière a propósito del Apostolado de la Oración, creo que debe señalarse el paso decisivo de haber formulado, con toda nitidez, la importancia del Corazón de Jesús en ese apostolado espiritual que constituye la esencia de vuestro movimiento. Nuestra entrega diaria nos diviniza y nos hace participar de la vida del Cuerpo místico de Cristo en la medida en que se une a la entrega del Corazón del Señor por la Iglesia y por la salvación del mundo. El P. Ramière convirtió en un profundo tratado teológico el opúsculo inicial del P. Gautrelet. Pero, aunque conservó lo esencial de su título, es característico que añadiera a él unas palabras que desde entonces son esenciales en vuestro apostolado: *Apostolado de la Oración, santa liga de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús*.⁵ Como es igualmente característico que muy pronto se comenzara a describir en los documentos oficiales al miembro del Apostolado de la Oración como «uno que se preocupa [*prend au coeur*] de los intereses del Corazón de Jesús».

Como Nuncio Apostólico, que he tenido el honor de ser representante del Papa ya en varios países, considero un grato deber reconocer la finura de sentimiento eclesial

5. *L'Apostolato de la prière, sainte ligue des coeurs chrétiens unis au Coeur de Jésus pour obtenir le triomphe de l'Eglise et le salut des âmes* (Lyon, 1860).

con la que el Apostolado de la Oración ha querido recibir del Pastor universal de la Iglesia las intenciones concretas por las que, a lo largo de cada mes, todos sus miembros hacen el ofrecimiento diario de obras. De este modo, se sienten continuamente unidos al Papa y viven sus preocupaciones apostólicas. Ya Pío XI decía, el 19 de septiembre de 1925, a los Directores de los diversos *Mensajeros del Corazón de Jesús*, reunidos en Congreso: «Vosotros sois los pregoneros y los promotores de nuestras intenciones, que confiáis a las oraciones de vuestros asociados; lo cual es para Nos una fuente de tranquilidad y esperanza, en medio de las causas de tristeza que no faltan».⁶

La acción apostólica de la Iglesia no es una actividad de propaganda humana. Necesita ser acompañada por la acción de la gracia que ha de ser suplicada con oración constante y humilde. Solamente la gracia puede hacer que la predicación penetre en los corazones y sea fecunda en auténticas conversiones. Porque creemos en la necesidad de la oración para que el apostolado externo alcance su eficacia, vuestra asociación es de una actualidad permanente. Más aún, se hace cada vez más necesaria. Así lo reconoce el Papa actual, con motivo de vuestro 150 aniversario, al encomendarnos su gran preocupación por el proyecto de una nueva evangelización que tan hondamente grabado lleva en su alma: «A las puertas ya del tercer milenio en un mundo que en tantos sectores vuelve a ser prácticamente pagano, aparece, más urgente que nunca, la necesidad de que los adherentes a esta Asociación se sientan particularmente empeñados en el apoyo a la nueva evangelización».⁷

Si con la palabra «corazón» se simbolizan y se pretenden expresar las actitudes espirituales permanentes de una persona, no cabe la menor duda de que la entrega de Jesús por nosotros brotó de su Corazón. Fue un ofrecimiento que «realizó, por primera vez, al entrar en el mundo por la Encarnación (cf. Heb 10, 5); su ofrecimiento se refiere entonces a su futuro sacrificio redentor».⁸ En su vida terrena, fueron cambiando los escenarios externos —Belén, Nazaret, caminos de Judea y Galilea—, pero hay un elemento que da unidad de sentido a toda su vida: el mantenimiento de la entrega que había hecho de Sí mismo al Padre ya en el primer momento de su existencia humana. En el momento decisivo

6. Pío XI: *Allocutio ad Directores Nuntiorum SS. mi Cordis*: *Memorabilia Societatis Iesu* 2 (1923-1926) 423.

7. Juan Pablo II: *Nuntius centesimo quinquagesimo anno recurrente a fundatione Apostolatus Orationis* (3 de diciembre 1994), 4: *Acta Romana Societatis Iesu* 21(1994) 8.

8. Juan Pablo II: *Homilía en la misa celebrada en el estadio del Nou Camp, en Barcelona* (7 de noviembre de 1982), 1: *Mensaje de Juan Pablo II a España*, pp. 204-205.

del Calvario, ese «ofrecimiento acompañó los dolores y sufrimientos de la cruz y les dio el valor redentor que sin ese acto de oblación no habrían tenido». ⁹ Subido al cielo, Jesús sigue presentando, ante el Padre, su acto de entrega y ofreciendo así constantemente los dolores ya pretéritos de su pasión; y con ese mismo acto de oblación se hace realmente presente en la Eucaristía, cada vez que un sacerdote pronuncia las palabras de la consagración.

Con vuestro ofrecimiento diario de obras imitáis, aunque de modo lejano, la entrega del Señor. Con las imperfecciones inevitables, propias de nuestra condición pecadora, dais unidad de sentido a vuestra vida, repitiendo cada mañana el mismo ofrecimiento de todo vuestro ser. Pero no olvidéis nunca unirlo a la entrega del Corazón de Jesús. Como nos recordó el Papa durante su primer viaje a España, «nuestra humilde entrega —insignificante en sí, como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda— se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la oblación de Jesús». ¹⁰ Por ello,

9. Juan Pablo II: *Homilía en la misa celebrada en el estadio del Nou Camp, en Barcelona, 1: Mensaje de Juan Pablo II a España*, p. 205.

10. Juan Pablo II: *Homilía en la misa celebrada en el estadio del Nou Camp, en Barcelona, 1: Mensaje de Juan Pablo II a España*, p. 205.

es tan importante vivir la celebración eucarística preocupándonos de poner nuestro corazón sobre el altar en el ofertorio para que quede unido al Corazón del Señor, cuando Éste se haga presente en la consagración bajo las apariencias de pan y de vino.

En el contexto de las reflexiones que hemos ido haciendo sobre el Apostolado de la Oración, las lecturas que hemos escuchado, pueden iluminar decisivamente lo que es su espiritualidad. Las obras de apostolado externo, necesarias en sí, sólo serán fecundas si las riega la gracia del Espíritu Santo, que brota del Corazón abierto del Señor. Mirando al traspasado (cf. Jn 19, 37), le pediremos incesantemente que el río de gracias, que comenzó a brotar con la lanzada del soldado (cf. Jn 19, 34), continúe brotando de su Corazón. Él oirá nuestra plegaria. Su mismo amor hacia nosotros, cuya anchura, longitud, altura y profundidad no puede abarcar el conocimiento meramente humano (Cf. Ef 3, 18), lo dispone a acoger nuestra súplica.

La Virgen Madre, testigo silencioso de los dolores de la cruz y de la misteriosa escena de la lanzada, cuyo Corazón fue entonces traspasado por una espada de dolor (cf. Lc 2, 35), Aquélla por cuya intercesión hacéis diariamente vuestro ofrecimiento de obras, unirá su voz suplicante a la vuestra por las intenciones en favor de las cuales realizáis vuestra oblación.

LAS BANDERAS DEL REY

De la difusión y del arraigo el culto al Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona no sólo en la consagración del género humano, al declinar del pasado siglo, sino aun en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: impetuoso río alegra la ciudad de Dios (Salm 45, 5). ¿Qué época necesitó más que la nuestra de tales bienes? ¿Qué época sufrió el tormento del vacío espiritual, de profunda indigencia interior más que la nuestra, a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y puramente civil? ¿No se le puede, quizá, aplicar la palabra reveladora del Apocalipsis: Dices, rico soy, y opulento y de nada necesito; y no sabes que eres mísero y miserable y pobre y ciego y desnudo? (Apoc 3, 17).

¡Venerables hermanos! ¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de evangelizar los inconmensurables riquezas de Cristo (Efes 3,8) a los hombres de nuestra época? ¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento las banderas del Rey ante los que siguieron

y siguen banderas falaces, y reconquistar para el victorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado? ¿Qué corazón no debería arder y sentirse empujado a prestar su ayuda, a la vista de tantos hermanos y hermanas que, por errores, pasiones y prejuicios, se han alejado de la fe del verdadero Dios y se han separado del alegre y salvador mensaje de Jesucristo. ¿Quién pertenece a la milicia de Cristo, sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse espoleado e incitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer, cada vez más, los escuadrones de los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreocupándose en la práctica de las verdades vivificadoras y de los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrílegamente las tablas de los mandamientos de Dios, para sustituirlas con tablas y normas de las que está desterrada la sustancia ética de la revelación del Sinaí, el espíritu del Sermón de la Montaña y de la Cruz?

Pío XII: *Summi Pontificatus*

CL ANIVERSARIO DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

EL APOSTOLADO DE LA ORACION ANTE EL TERCER MILENIO

Palabras del P. Peter Hans Kolvenbach en Valladolid

Excelentísimo Señor Nuncio de Su Santidad en España,

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Valladolid,

Consejo Nacional y Secretarios Diocesanos del Apostolado de la Oración,

Jóvenes por el Reino de Cristo,

Movimiento Eucarístico Juvenil

Miembros del Apostolado de la Oración,
señoras y señores:

Es para mí una enorme satisfacción, como Director General del Apostolado de la Oración, poder participar en esta Jornada de Clausura del ciento cincuenta aniversario del nacimiento del Apostolado de la Oración. Y precisamente aquí, en Valladolid, junto al Santuario de la Gran Promesa, templo del Colegio de San Ambrosio de la antigua Compañía, donde estudió el Padre Bernardo Hoyos, «el primer apóstol del culto público al Corazón de Jesús en España y en los países hispánicos», al que esperamos ver pronto beatificado por Su Santidad.

Esta celebración es un motivo de profundo consuelo espiritual al comprobar los grandes servicios que el Apostolado de la Oración «ha prestado a la pastoral de la Iglesia como instrumento muy adecuado y eficaz» en estos ciento cincuenta años. Conozco bien vuestro desarrollo y vitalidad; prueba de ambos son el trabajo y los encuentros de estas Jornadas, donde habéis celebrado reuniones del Consejo Nacional y Asambleas Nacionales de los Directores diocesanos del Apostolado de la Oración y de los Jóvenes por el Reino de Cristo.

El Santo Padre, en la carta que dirigió, a través mío, a todos los miembros del Apostolado de la Oración en el mundo el pasado 3 de diciembre de 1994, aniversario de su fundación, subraya la importancia de la oración por las intenciones de la Iglesia, tal y como él mismo las propone para cada mes; y recomienda esta misión como uno de los grandes servicios que el Apostolado de la Oración puede prestar a la Iglesia y a nuestro mundo, que se abren ya a la perspectiva del tercer milenio.

A este propósito nos dice: «El Apostolado de la Oración, durante siglo y medio de vida, ha creado una pro-

funda comunión de oración entre centenares de millones de creyentes. No se puede esperar menos para el futuro. El Apostolado de la Oración deberá continuar impulsando al mayor número de personas a orar juntas al Padre en el nombre del Hijo y con la gracia del Espíritu Santo según las intenciones de la Iglesia. Esta vasta comunión de oración contribuirá eficazmente a la edificación, tanto de la Iglesia universal cuanto de las Iglesias locales».

Repasemos esa historia evocada por el Santo Padre. Durante el siglo XIX la Iglesia sintió de un modo especial la urgencia de anunciar el Evangelio a las personas que aún no lo conocían; así, entre los jóvenes jesuitas, muchos deseaban ser enviados a las misiones. En ese clima espiritual nació el Apostolado de la Oración el 3 de diciembre de 1844, fiesta de San Francisco Javier, patrono de las misiones, en el escolasticado jesuita de Vals, cerca de Le Puy, en Francia. A aquellos estudiantes, deseosos de ser misioneros en tierras lejanas, su consejero espiritual, Padre Francisco Javier Gautrelet, los invitó a ser misioneros desde el tiempo de los estudios, por medio de la oración y de la entrega de su vida diaria en unión con Cristo en la Eucaristía.

Uno de aquellos estudiantes, el Padre Enrique Ramière, llegado al sacerdocio, tomó a su cargo la obra en 1852. En 1860 definía el Apostolado de la Oración como la «asociación de los corazones de los fieles unidos con el Corazón de Jesús para obtener la salvación de las almas y el triunfo de la Iglesia».

El 26 de febrero de 1861 el Papa Pío IX concedió al Apostolado de la Oración varias indulgencias, subrayando que «los socios, además de otras buenas obras, deben sobre todo orar a Dios diariamente por la Iglesia universal y especialmente por el Romano Pontífice».

A la muerte del Padre Ramière, el 3 de enero de 1884, el Apostolado de la Oración contaba con 35.606 centros locales y con un poco más de 13 millones de asociados.

De este modo, desde sus comienzos, el Apostolado de la Oración se convertía claramente en una llamada a la oración de intercesión impregnada por las preocupaciones pastorales de quien es pastor universal y, en cuanto tal, conoce mejor que nadie las verdaderas necesidades y

anhelos de la Iglesia del Señor. El mismo Cristo nos invitó a este tipo de oración cuando insistía en su importancia para atraer labradores que se consagren al cultivo de su Viña. Nosotros podemos sembrar, plantar, regar, pero en fin de cuentas sólo el Señor es capaz de hacer fecunda la obra de su Iglesia. San Pablo nos revela en sus cartas la apostolicidad de su oración, en el sentido de que la sabe impregnada de sus afanes pastorales, de la evocación de las personas por las que ruega, del gozo de ver incrementado el conocimiento de Cristo resucitado, de su angustia al advertir que, aquí o allá, el Reino parece alejarse más bien que llegar. San Pablo nos precede en el apostolado de la oración, cuando confiesa (1 Ts 1,2s) cómo evoca incesantemente en su oración el vigor creciente de la fe que ha plantado, la caridad desbordante que anima a la comunidad cristiana, la paciente y perseverante esperanza cristiana en Aquel que viene. La oración apostólica puede compararse incluso a un combate, al lado del Señor, en pro de nuestros hermanos y hermanas; San Pablo nos ofrece el ejemplo de Epafras, «servidor de Cristo Jesús», que con sus oraciones no cesa de luchar para que sus compatriotas se mantengan firmes y cabales (Col 4,12). Las intenciones mensuales no sólo despiertan nuestra atención o nuestra curiosidad por la obra apostólica de la Iglesia; gracias a la oración acuciada por ellas, nuestro corazón se expande hasta los últimos confines de la Iglesia universal al interceder, ante el Corazón de Dios, por las alegrías y las penas, las angustias y las esperanzas del entero Pueblo de Dios. Y así, todo lo que somos y tenemos se convierte en ofrenda eucarística que implora la llegada del Reino del Amor.

De 1884 a 1915, con la benevolencia y estímulo de los Papas León XIII y San Pío X, superando dificultades de todo género, el Apostolado de la Oración continuó creciendo mediante la promoción de la consagración de las familias al Corazón de Jesús, el fomento del culto a la Eucaristía y sobre todo con la difusión de la oración apostólica por las grandes intenciones del Corazón de Cristo y por las necesidades más importantes de la Iglesia y del Santo Padre.

A partir del 3 de diciembre de 1925, con la aprobación y estímulo del Papa Pío XI, se instauró el costumbre de proponer una intención misional que se añade a la intención general del mes.

Con la vitalidad del Apostolado de la Oración fueron innumerables las iniciativas concretas para secundar las iniciativas de los Papas, mediante la oración apostólica por sus intenciones, y también mediante obras concretas de diversísima índole.

El Papa Pío XII aprobaba personalmente las inten-

ciones mensuales porque, como comunicaba su Secretario de Estado el 14 de marzo de 1939, «Su Santidad considera que la parte más importante en el trabajo del Vicario de Cristo la constituye la oración, en la que el Santo Padre pone el fundamento de su firme confianza en Dios... No hace falta decir cuánto gozo espiritual le proporciona al Supremo Pastor el pensar en los 30 millones de socios que cada día oran por esas intenciones del Apostolado de la Oración, y con cuánta benevolencia ve ese ejército que cada día, junto con el Papa, lucha por Cristo y por la Iglesia con las armas de la oración».

Después del Concilio Vaticano II se volvieron a poner al día los Estatutos del Apostolado de la Oración. El 27 de marzo de 1968 escribía el Cardenal Cicognani en nombre del Papa Pablo VI: el Romano Pontífice apoya su esperanza «en esta multitud casi innumerable de suplicantes, quienes, unidos estrechamente con el Vicario de Cristo y bajo su guía, no cesan de ofrecer a Dios diariamente sus oraciones, acciones y sufrimientos por las necesidades de la Iglesia».

También el Papa Juan Pablo II siente esta fuerza del Apostolado de la Oración. En su discurso a los secretarios nacionales del Apostolado de la Oración, el 13 de abril de 1985, subrayaba a este propósito: «Vosotros os sentís ligados, de una manera particular, al Vicario de Cristo y por eso oráis por Él cada día, como lo hacía la Iglesia madre de Jerusalén por Pedro (Hch. 12,4); y además deseáis profundizar y hacer conocer a los socios los problemas concretos que preocupan a la Iglesia universal, y en particular los que conciernen a las misiones, con el fin de hacerlos objeto de una reflexión atenta que inspire al Pueblo de Dios una oración consciente y responsable. La oración que fomentáis no consiste sólo en la recitación de una fórmula, sino que ha de nacer del corazón del fiel con conciencia de la propia situación de criatura, pero también de hijo adoptivo de Dios, así como de la conciencia de la propia participación en la función sacerdotal, profética y real de Cristo en virtud de la unión con Él».

De la historia del Apostolado de la Oración se desprende algo evidente: su nacimiento, su origen, está íntimamente unido a la Evangelización, al deseo misionero de un grupo de jóvenes jesuitas. Nace precisamente en la fiesta del gran apóstol San Francisco Javier. El Apostolado de la Oración nos invita a ser misioneros, a ser evangelizadores en nuestras vidas y desde nuestro quehacer diario. No puede estar ausente, pues, de nuestros corazones la llamada del Papa a la «nueva Evangelización» en el horizonte cercano del tercer milenio.

I

«Dios irrumpe en la historia para revelar el Corazón de un Hijo cuyo amor da a la pasión su auténtico significado»

En su Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, de cara a la preparación de la celebración del Jubileo, el Santo Padre plantea como un objetivo ineludible la confrontación con el secularismo: «será oportuno afrontar —dice el Papa— la vasta problemática de la crisis de civilización, que se ha ido manifestando sobre todo en el occidente tecnológicamente más desarrollado, pero interiormente empobrecido por el olvido y la marginación de Dios» (núm. 52).

El Santo Padre auspicia un serio examen de conciencia a las puertas del nuevo milenio: «los cristianos deben ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse sobre las responsabilidades que ellos también tienen en relación a los males de nuestro tiempo». Se impone una verificación, añade el Papa: «¿en qué medida los hijos de la Iglesia están también afectados por la atmósfera de secularismo y relativismo ético?» (núm. 36).

A esta crisis de civilización, lo ha repetido incansablemente el Papa, «hay que responder con la civilización del amor, fundada sobre valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización» (núm. 52).

Una civilización, una cultura basada en la Persona del Señor Jesús, manifestación de Aquél que San Juan ha definido como Amor; en un Jesús que invita a todos a estar unidos con Él y a colaborar con Él en la obra de reconciliación de la familia humana.

Como respuesta a esta llamada, hay un estilo de vida que adoptan quienes centran sus vidas en Cristo: convertirse en una prolongación del amor de Cristo al Padre y a la humanidad. El Corazón de Cristo ha sido durante siglos el símbolo de este estilo de vida. «Uno de los soldados, con su lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua» (Jn 19,34). Este acontecimiento, proclamado por Juan como final solemne de toda la pasión del Señor, resume el amor de Jesús a su Padre y a sus hermanos, los hombres. En el momento mismo en que los hombres van a dar prueba de su dureza de corazón, Dios irrumpe en la historia para revelar el Corazón de un Hijo cuyo amor da a la pasión su auténtico significado.

La piedad popular necesita imágenes que hablen el lenguaje del amor. Hay que hacer notar que parte del éxito, en muchos lugares, de las sectas y cultos exóticos, se debe al hecho de que las reformas litúrgicas, que legítimamente han pretendido corregir ciertas extrapolaciones

de las devociones populares, no siempre han proporcionado nuevas formas que, reemplazando a las antiguas, satisfagan los sentimientos.

El Apostolado de la Oración realiza en este sentido una función profética porque promueve directa o indirectamente la espiritualidad del Corazón de Cristo. Una espiritualidad renovada, centrada en la respuesta del corazón humano al Corazón de Cristo, que pueda ser reconocida como una forma significativa de la «nueva Evangelización». En efecto, la contemplación del Corazón de Cristo nos revela tanto el amor divino de que somos objeto, como el amor divino de que nos hacemos instrumentos cuando servimos a los demás.

De aquí se desprende lo importantes que son los valores cristianos en el mundo de hoy. Pero necesitamos descubrir que estos valores son cristianos porque Cristo los vive, y que se hacen cristianos para nosotros solamente cuando los vivimos en unión con Cristo. Así, Cristo se hace muy particularmente manantial de la vida que traen estos valores a nuestra sociedad. La Congregación General, que la Compañía de Jesús acaba de celebrar, al reflexionar sobre evangelización y cultura, afirma que «gracias a la fuerza liberadora del Evangelio, las culturas se liberan de sus elementos negativos y entran en la libertad del Reino de Dios. El Evangelio plantea un desafío profético a toda cultura para que se desprenda de todo lo que impide la justicia del Reino» (Nuestra Misión y la Cultura, núm. 3).

Nuestra cultura occidental secularizada está necesitada de oración y de valores interiores del Espíritu. Una posible razón de por qué muchos cristianos se desorientan en estas nuestras sociedades secularizadas estriba en que pierden el sentido de oblación y sacrificio, tan central en la religión y tan esencial en el cristianismo. Fácilmente olvidamos lo importante que es la persona humana en cuanto tal, por pobres o enfermos, ancianos o incompetentes que sean.

Como apóstoles de la oración queremos ser misioneros de los de cerca y de los de lejos; misioneros de la oración diaria, ofreciendo nuestra vida, nuestro trabajo, nuestras personas al Señor; misioneros de la Eucaristía, fuente de unión con Cristo y fuerza para nuestra vida de servicio; misioneros de una unión universal de corazones y de cuantos rezan a una con y por las intenciones del Santo Padre, buen conocedor de las necesidades reales de la Iglesia y la familia humana.

II

«La pasión del Corazón de Cristo por los más débiles y marginados es central al cristianismo»

Otra situación dolorosa de nuestro mundo, que el Santo Padre desea afrontar en el Jubileo, es la de la injusticia social. La celebración del año jubilar en la tradición veterotestamentaria, comenta el Papa, debía servir para el restablecimiento de la justicia social, para devolver la igualdad entre todos los hijos de Israel, abriendo nuevas posibilidades a los que habían perdido sus propiedades e incluso la libertad personal (cf. núm. 13). Las palabras del Papa en su Carta Apostólica no pueden ser más contundentes: «recordando que Jesús vino a «evangelizar a los pobres» (Mt 11,5; Lc 7,22), ¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados? Se debe decir ante todo que el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro, marcado, por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del Jubileo» (núm. 51).

Es un compromiso en el que la Iglesia se encuentra empezada desde hace mucho tiempo. Ya el Concilio Vaticano II proclamó que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (GS núm. 21).

El trabajo por la justicia tiene un carácter evolutivo, al afrontar las cambiantes necesidades de los hombres y de los pueblos. Así, hemos ido adquiriendo recientemente mayor conciencia de otras dimensiones del empeño por la justicia, más allá de la necesidad de los cambios estructurales en las áreas socioeconómica y política. El Papa propone el Jubileo «como un tiempo oportuno para pensar, entre otras cosas, en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional, que grava sobre el destino de muchas naciones..., y en otros desafíos del momento como, por ejemplo, la dificultad de diálogo entre culturas diversas y las problemáticas relacionadas con el respeto de los derechos de la mujer y con la promoción de la familia y del matrimonio» (núm. 51).

Estamos, pues, entendiendo cada día con más claridad que el pecado del mundo alcanza en nuestro tiempo el culmen de su intensidad en las estructuras que excluyen a la inmensa mayoría de la población mundial de la participación en los beneficios de la creación. Vemos que se genera una violencia sistemática contra la dignidad de hombres, mujeres, niños y no-nacidos, que no puede tolerarse en el Reino querido por Dios. El Papa habla de las arrolladoras «estructuras de pecado» y hace un lla-

mamiento a la «urgente necesidad de un cambio en las actitudes espirituales que definen las relaciones de cada individuo consigo mismo, con el prójimo, con las comunidades humanas, incluso con las más lejanas, y con la naturaleza» (*Sollicitudo Rei Socialis*, núms.36-38).

Y es aquí, en esta necesidad de conversión de las actitudes espirituales (porque la vida del espíritu es inseparable de las relaciones sociales), donde tiene su lugar la espiritualidad y la práctica del Apostolado de la Oración. «En este tiempo de odio y de violencia, de injusticia y de discriminación, la reparación debida al Señor no es auténtica si no integra el sentido del pobre, la promoción de la justicia, el amor hacia el más pequeño, el respeto a la vida» (*Misión Agradable*). La pasión del Corazón de Cristo por los más débiles y marginados es central al cristianismo. Para seguir verdaderamente a Jesús, para ser en verdad cristiano, hay que estar unido a Cristo en su servicio a los más pequeños, como gesto concreto de su amor al Padre. Debemos formar comunidades de solidaridad con los pobres precisamente por el amor preferencial que Cristo les tiene. Cristo devuelve amor por amor al Padre, de quien recibe cuanto es y cuanto tiene, en su entrega al servicio de los más menesterosos.

Y es en la Eucaristía donde tiene mayor visibilidad esta actitud de servicio y entrega de Jesús. La Eucaristía forma parte, es central en la espiritualidad cristiana y por tanto en la del Apostolado de la Oración; en la Eucaristía damos gracias al Señor por el maravilloso mundo que nos ha dado para amarlo y cuidar de él; en la Eucaristía nos ofrecemos para ser instrumentos suyos en la obra de la redención. Pero en la Eucaristía, ante todo, Jesús se entrega y se da en totalidad: «Este es mi Cuerpo que será entregado..., ésta es mi Sangre que será derramada... por vosotros... , por todos». En la Eucaristía Jesús se presenta como muriendo por todos, viviendo hasta el final de los tiempos el mandamiento nuevo que ha dado a sus discípulos: «Amaos los unos a los otros. Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). En la Eucaristía Jesús se rompe, se parte para repartirse, para poder ser alimento de los que tienen hambre y sed.... y entregándose libremente se hace siervo de todos. Así, el Papa recuerda a los secretarios nacionales del Apostolado de la Oración que «deben esforzarse por formar cristianos que estén plasmados interiormente por la Eucaristía, que da fuerza para empeñarse con generosidad en abrazar todas las dimensiones de la vida con espíritu de sacrificio respecto de los hermanos, como el Cuerpo de Cristo ofrecido y la Sangre derramada».

El ofrecimiento diario, esa forma sencilla y profunda a la vez, expresa el propósito de vivir unido a Cristo en su entrega redentora y de prolongar la Eucaristía a lo largo de toda la jornada; es un deseo de morir con Cristo para que los hermanos tengan vida; a ejemplo del Señor, un salir de sí mismo y una entrega a los demás. Reconocemos nuestra pobreza, nuestra indigencia, no tenemos sino unos pocos panes y unos pocos peces, pero eso que poseemos lo ponemos a disposición de los que tienen menos que nosotros; la fuerza del Espíritu los multiplicará.

No olvidéis inculcar en los niños y jóvenes de la Cruzada Eucarística y del Movimiento Eucarístico Juvenil esta enseñanza fundamental. Su fe, turbada no pocas veces ante tanta miseria y egoísmo del mundo en que viven, se robustece mediante la práctica de la caridad y la justicia, de una parte, y mediante una íntima comunión con el Señor en la oración y en la Eucaristía, por

otra. Cuanto más profunda sea su formación en la vida eucarística, tanto más convincente será su testimonio de fe en un mundo secularizado, y más fructíferos sus esfuerzos por compartir con otros su vida y sus talentos.

El misterio de la Eucaristía envuelve toda la vida cristiana; no sólo nuestros actos de piedad y devoción, sino más aún todas las actividades que tienden a la promoción de la justicia en nombre del Evangelio y que son exigencia de nuestra participación en la Cena del Señor. Nuestra fe en la Eucaristía sería irrelevante si no se realiza en una caridad que lucha contra las injusticias, intentando transformar las estructuras injustas de la sociedad humana. En la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles la participación en la «fracción del pan» exigía una caridad que llegaba incluso hasta el vender las propiedades y compartir los bienes. No podemos separar en nuestra vida lo que Jesús unió: la celebración de su Última Cena y el lavatorio de los pies.

III

«Que todos sean uno»

El Santo Padre presenta también en su Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente* la plena comunión entre todos los cristianos como una de las «súplicas más fervientes de la Iglesia en este momento excepcional al acercarse un nuevo milenio» (núm. 16). «Es este un problema crucial para el testimonio evangélico en el mundo», añade el Papa. «Sin embargo, somos todos conscientes de que el logro de esta meta no puede ser sólo fruto de esfuerzos humanos, aun siendo éstos indispensables. La unidad, en definitiva, es un don del Espíritu Santo... Hay que proseguir en el diálogo doctrinal —concluye el Papa—, pero sobre todo esforzarse más en la oración ecuménica» (núm. 34).

He aquí un encargo que el Apostolado de la Oración debe recoger con prontitud y constancia: orar para que se realice el deseo de Jesús, «que todos sean uno» (Jn 17,21). El Apostolado de la Oración, por sus características peculiares de ser un servicio que moviliza al mayor número posible de personas para unir las en una oración universal por las intenciones del Papa, puede ser un instrumento muy apto para recoger y extender esta necesidad de orar por la unidad de los cristianos. Es un servicio profético en la Iglesia y en el mundo de hoy este deseo de unirse en comunión universal de oración, traspasando todas las barreras que los hombres colocamos a la unidad, al reunir en un acto único de fe y de oración intercesora a ricos y pobres, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, enfermos y sanos.

Es una gracia del Espíritu lo que deseamos y pedimos; porque ninguna otra solidaridad, ninguna otra verdad, ninguna otra justicia y ninguna otra fe que las inspi-

radas por el Espíritu podrán construir la unidad: el Espíritu de Aquél que, levantado sobre la tierra, lo atraerá todo a Sí para gloria del Padre, será el gran artífice de tan deseada unidad.

El ecumenismo no es sólo un trabajo de especialistas; todos los cristianos debemos sentirnos urgidos por la desunión del Cuerpo de Cristo; todos debemos sentir el sufrimiento porque no sea una realidad el deseo y la pasión de unidad del Señor. Ecumenismo y diálogo, unidad y reunión, para ser auténticos, deben insertarse en el amor cristiano de entrega hasta la muerte, para reunir a los hijos de Dios dispersos. Así, el ecumenismo, como se ha dicho, es una nueva forma de ser cristiano. Nuestra reciente Congregación General afirma: «Aspira a ser mucho más que una mera honestidad, sinceridad y elegancia; intenta trabajar desinteresadamente en el servicio de la verdad...; busca conocer, entender y amar a los otros como ellos desean ser conocidos y entendidos, con pleno respeto por sus características diferenciales, a través de un diálogo fundado en la verdad, la justicia y el amor» (D. 12,3).

He aquí, queridos hermanos y hermanas, miembros del Apostolado de la Oración, todo un programa para vuestra organización; todo un programa que el Papa ofrece a vuestras vidas. Será necesario esforzarse para hacerlo realidad en cada uno de nuestros corazones. Así participáis activamente en la «nueva evangelización», que a las puertas del tercer milenio pretende anunciar a Quien es «la clave, el centro y el fin de la historia humana»: Cristo Jesús.

Muchas gracias.

SINCERIDAD Y CARISMA

Misión profética de Santa Margarita Maria de Alacoque

Francisco Canals Vidal

La reciente conmemoración del ciento cincuenta aniversario del Apostolado de la Oración, en Valladolid, ha sido para todos los que asistimos a sus actos una experiencia gozosa y esperanzadora. Una vez más, se ha tenido « más de lo que se esperaba », según prometió el Sagrado Corazón a su mensajera santa Margarita Maria de Alacoque.

Se ha comentado que ha venido a ser como un signo de superación de la « crisis » que, durante algunas décadas, afectaba cuanto tiene que ver con la devoción al Corazón de Jesús, con las asociaciones a ella dedicadas y con la vigencia de sus prácticas tradicionales entre el pueblo cristiano.

Uno de los aspectos de esta crisis fue la perplejidad generalizada sobre el hecho de que la devoción al Corazón de Jesús, en la forma en que se ha desenvuelto en la Iglesia desde los últimos años del siglo XVII, tiene una indiscutible relación con las « revelaciones » narradas en los escritos y en las cartas de la religiosa de la Orden de la Visitación Margarita María de Alacoque en el convento de Paray-le-Monial entre 1673 y su muerte, acaecida en 1690.

La devoción al Corazón de Jesús, decían sus adversarios, tiene su origen en « revelaciones privadas », y por lo mismo carece de fundamento bíblico y tradicional.

Para responder a esta objeción dirigió Pío XII a la Iglesia la encíclica *Haurietis aquas* de 15 de mayo de 1956. Por el testimonio de uno de los más documentados estudiosos de la bibliografía contemporánea sobre el tema, pude ser informado de que la fecha del documento trajo consigo una muy sensible disminución de publicaciones y estudios sobre el Corazón de Jesús.

Se abusó del esfuerzo apologético de Pío XII y se ignoró que en la propia encíclica son una vez más mencionados Margarita María de Alacoque y Claudio la Colombière, como reiteradamente lo habían sido en el magisterio pontificio como los apóstoles providencialmente escogidos para difundir en la Iglesia el culto al Corazón de Jesús.

Algunos han pensado que la religiosa visitandina podría con fundamento ser declarada doctora de la Iglesia. No podemos saber si esta declaración sobrevendrá algún



día, pero no puede negarse que la Iglesia ha venido a dar testimonio del que podríamos calificar más bien como carisma de « profeta ». Desde Paray-le-Monial, y con el discernimiento de apoyo de san Claudio la Colombière, la voz de una tímida y casi diríamos « acomplejada » religiosa ha llevado a la Iglesia de hoy el mensaje del amor misericordioso no correspondido por los hombres, expresado y sensibilizado en el Corazón — el corazón de carne — de Jesús, en el que Dios mismo nos ha amado con corazón de hombre, según la admirable expresión del Concilio Vaticano II.

La parábola evangélica del grano de mostaza, la más pequeña de las semillas, que llega a crecer de modo que en las ramas que de aquella semilla nace anidan las aves del cielo, conviene admirablemente al proceso, humanamente desconcertante e inexplicable de la devoción al Corazón de Jesús tal como la hallamos en los escritos de Santa Margarita María de Alacoque.

Desde nuestra situación, con el recuerdo y experiencia de las constantes dificultades, frialdades, reservas y objeciones contra ella, y de su perenne y sorprendente

fructificación, la lectura de sus palabras es para nosotros siempre un renovado llamamiento.

«Desea el Corazón de Jesucristo —escribía en 21 de junio de 1696 a una religiosa que había hasta entonces combatido como novedad peligrosa la devoción difundida por Santa Margarita— que sus criaturas le den su amor y le atributen sus homenajes con libre, amorosa y franca voluntad, sin violencia y sin disimulación. Y me parece que el gran deseo que tiene nuestro señor de que su Sagrado Corazón sea honrado es con el fin de salvar sus almas con efectos de la redención...

»Porque los pecados se han multiplicado de tal modo que es necesaria toda la infinitud de su poder para alcanzarles misericordia y las gracias de salvación y santificación que desea derramar sobre los hombres con abundancia; y más particularmente sobre nuestro instituto, que tanto necesita de este auxilio.

»Creo que este es uno de los medios más eficaces para levantarle de sus caídas y sentirle de fortaleza inexpugnable contra los asaltos que el enemigo le da continuamente para derrivarle por medio de un espíritu extraño de orgullo y de ambición que quiere introducir en lugar del espíritu de humildad y sencillez que es el fundamento de todo este edificio, y os confieso que me parece que nuestro mismo santo fundador desea y solicita que se introduzca esta devoción en este instituto porque conoce los efectos que produce. Os digo estas palabritas como a mi querida amiga en ese corazón admirable». ¹

A esta amiga, que muy poco antes era enemiga de la devoción al Corazón de Jesús, le expresa Margarita María una convicción que muchas veces reiteró. Un año antes había escrito:

«He aquí la idea que he tenido respecto a nuestro instituto: que nuestro Padre San Francisco de Sales, temiendo que los cimientos de su edificio vinieran a derrumbarse, había pedido un sostén capaz de protegerlo. Se lo ha concedido el Sagrado Corazón para levantarlo de sus caídas y servirle de asilo contra los ataques de sus enemigos, sirviendole también de sostén que no sucumba en lo porvenir». ²

Y a la misma destinataria, cuatro años después, en febrero de 1689, escribe de nuevo:

«Me parece que nuestro santo fundador, ese verdadero amigo del Corazón de Dios, ha sido el principal motor para alcanzar este don saludable en favor de nuestro querido instituto, porque Satanás quería vomitar sobre él su rabia hasta acabar con su espíritu, y por este medio derribarlo. Mas espero que no lo conseguiremos...». ³

1. Carta XLIX, de 21 de junio de 1686, a la hermana María Magdalena des Escures.

2. Carta XXXV, a la Madre de Saumaise (1685).

3. Carta XCVII, a la Madre de Saumaise (febrero de 1689).

Estremece pensar que este espíritu de orgullo y ambición, podría estar en relación con el hecho de que en algunos conventos de la Visitación situados en las grandes ciudades en el centro de la sociedad y de la cultura, se educaban a título de pensionistas hijas de familias poderosas y nobles.

De entre ellas algunas darían ejemplo de fe y de piedad, y otras muy conocidas y prestigiosas en su época estarían en vanguardia de la mundanización y libertad escandalosa de costumbres en la misma Roma pontificia —como las sobrinas del cardenal Mazarino Hortensia y María Mancini— o trabajarían activamente en favor de la secta jansenista cuando ésta vino a ser una corriente a la moda entre la elite cultural y social francesa —como Ana Maria Martinozzi, perteneciente como Princesa de Conti a la familia real francesa—.

La misma sinceridad con que habla la vidente de Paray-le-Monial de las tentaciones satánicas en la congregación fundada por San Francisco de Sales, tiene en el modo de hablar de aquellas personas e instituciones por las que siente la mayor veneración y cariño.

Del rey de Francia, y en la misma carta en la que se atreve a comunicar el deseo de que las insignias del Corazón de Jesús fuesen pintadas en sus estandartes y en sus armas, habla diciendo que el Corazón de Jesús «*quiere alcanzar victoria sobre el suyo*». ⁴

Al escribir esto en junio de 1689 se acercaba el momento —pero habían de pasar todavía cuatro años para que llegase— de una reconciliación entre Francia y la Santa Sede que cerraría un conflicto por el que durante varios lustros no podían proveerse las sedes episcopales francesas por desacuerdo entre el pontificado y la monarquía y el episcopado francés en las cuestiones de las regalías y del galicanismo.

Santa Margarita María expresó reiteradamente su convicción de que lo mismo que san Francisco de Sales había obtenido para la Visitación, lo había también obtenido para la Compañía de Jesús san Claudio la Colombière. He aquí cómo en aquel mismo año, en 28 de agosto, expresaba lo que «Jesucristo me ha dado a conocer de modo que no deja lugar a duda» es decir la misión de la Compañía en el apostolado del Corazón de Jesús:

«Si quiso comunicarse primero a las hijas de la Visitación, a las cuales fue dado manifestarle y darle a conocer por medio del establecimiento de esta misma devoción a ese Corazón amabilísimo quiere que los jesuitas manifiesten al mundo el provecho y el dolor de la misma, cosa que ha reservado a ellos particularmente.

»Por lo cual, si os encontráis con algunos de buena voluntad, procurad que se ocupen en esto, pues por este medio se logrará la cosa más fácilmente, aunque al pre-

4. Carta C, a la Madre de Saumaise (17 junio de 1689).

sente parece difícil, así por los obstáculos que pondrá Satanás como por las demás dificultades. Pero Dios está por encima de todo, y no pocas veces le place servirse de las cosas más pequeñas y despreciables para llevar a cabo grandes designios, tanto para cegar el entendimiento y confundir los vanos juicios de los hombres, como para manifestar que su poder puede todo lo que quiere...».⁵

En aquel mismo año 1689 encontramos otra admirable muestra de la sinceridad con que santa Margarita María de Alacoque expresa sus sentimientos personales, con frecuencia distantes y desorientados respecto del mismo mensaje que proféticamente transmite, a la vez que da testimonio de éste con total fidelidad. He aquí una confidencia, algo sorprendente e incluso graciosa, que recuerda el desacertado consejo que mereció san Pedro que Jesús le dijese «apartate de mí Satanás que me escandalizas»:

«Debo deciros que algunas veces me he quejado a Él porque no emplea personas de autoridad y de ciencia, que hubieran podido adelantar mucho la devoción a su divino Corazón con su influencia».

5. Carta CVII, a la Madre de Saumaise (28 agosto de 1689).

Por lo que sigue veremos que el Señor contestó con su silencio a estas palabras «bienintencionadas» y demasiado humanas de la vidente. Pero le dio a entender el misterio de los designios divinos por los que la revelación del Corazón de Jesús había de ser como un «impetuoso río que alegra la ciudad de Dios» del que se seguirían bienes inefables para un sin número de almas, como lo atestiguó Pío XII en la primera encíclica de su pontificado. Santa Margarita, a continuación de las palabras antes citadas añade:

«Me parece que me ha dado a entender que para esto nada sirve el poder humano, porque la devoción y el reinado de este Sagrado Corazón no se establecerán sino por medio de personas pobres y despreciadas, y entre contradicciones a fin de que no se atribuya nada al poder humano. Y que a pesar de todas las oposiciones y contradicciones que en contra de esto pudieran levantarse reinará y se manifestará, y hará que le amen aún los mismos que se opusieron a ello. Os descubro mis pensamientos sencillamente. Y os pido que me guardéis secreto y creáis toda vuestra en el amor de este adorable Corazón « (6).

6. Carta CXI, a la Madre de Saumaise (3 noviembre de 1689).

ES NECESARIO QUE CRISTO REINE

Entre las cosas que propiamente pertenecen al culto del Sacratísimo Corazón, sobresale la piadosa y memorable consagración, con la que atribuyendo al eterno amor de la Divinidad nuestras personas y todas nuestras cosas, las dedicamos al Divino Corazón de Jesús. Y habiendo manifestado Nuestro Salvador, no tanto movido por su derecho cuanto por su inmensa caridad hacia nosotros, a su inocentísima discípula Margarita María cuánto ansiaba que se le tributase por los hombres semejante devoto obsequio, fue ella la primera de todas que, con su maestro espiritual Claudio de la Colombière, se lo tributó; siguieron, andando el tiempo, los particulares, luego privadas familias y asociaciones, finalmente aun los mismos magistra-

dos, ciudades y reinos. Y puesto que, en los pasados tiempos y aun en los mismos nuestros, por intrigas de los impíos se ha llegado a rehusar el imperio de Cristo Nuestro Señor y a mover oficialmente guerra a la Iglesia, dando leyes y promoviendo plebiscitos contrarios al derecho divino y natural, y aun celebrando asambleas de los que clamaban No queremos que éste reine sobre nosotros (Lc 19, 14); en verdad, de la consagración, brotaba con ímpetu una sola frase de todos los devotos del Sacratísimo Corazón y se oponía vehementísimamente para vengar su gloria y afirmar sus derechos: *Es menester que Cristo reine* (I Cor 15, 25); *Venga tu reino*.

Pío XI: *Miserentissimus Redemptor*

AMOR O CIENCIA EN LA TRANSMISIÓN DE LA VIDA

José María Alsina Roca

Durante los últimos años en torno a la transmisión de la vida humana se han hecho «extraños» planteamientos, partiendo del principio «sólo hay que aceptar los hijos deseados». Por un lado, se han difundido prácticas contraceptivas, justificándolas como el medio adecuado de control de la natalidad, llegando de este modo incluso a aceptar el aborto. Al mismo tiempo, se ha avanzado en la superación de la infertilidad de los cónyuges mediante las técnicas de la fecundación «in vitro».

El único argumento común que se utiliza para probar la conveniencia de estas prácticas que parecen perseguir objetivos opuestos —evitar la concepción de una nueva vida o por el contrario conseguir una nueva concepción— es asegurar la primacía absoluta de la voluntad frente a las exigencias o limitaciones de la naturaleza humana. Desde esta misma perspectiva se explican los avances de la medicina moderna como el progresivo triunfo de la inteligencia en el ámbito de la biología del cuerpo humano. De este modo la salud no es el fruto de una naturaleza sana o la consecuencia de haber ayudado con eficacia a superar la situación de enfermedad; es, más bien, el dominio cada vez más completo sobre la naturaleza humana mediante la ciencia y la técnica.

Con el fin de reflexionar sobre el verdadero sentido de estas afirmaciones y conductas, ofrecemos al lector un fragmento muy significativo del *Fausto* de Goethe, en el que se narra la conversación entre Mefistófeles y el científico Wagner. Tratan sobre la inminente posibilidad de conseguir «la gran obra»: «la creación de la vida humana gracias al progreso científico». Por fin, la vida humana en todo su alcance, incluso la misma transmisión, sólo estará sometida a la voluntad y a la inteligencia del hombre.

«El antiguo modo de engendrar lo considero una broma. El punto de donde brotaba la vida, la fuerza que se exhalaba de su interior que recibía y transmitía ha perdido toda su importancia y toda su dignidad. Si el animal encuentra aún en ello el placer, el hombre, dotado de nobles cualidades debe tener un origen más digno y más puro». (*Fausto* : segunda parte, acto segundo)

En breves líneas del *Fausto* de Goethe aparecen reflejados los principales aspectos de la mentalidad que estamos analizando. No se trata de transmitir la vida, sino de crearla. La capacidad generadora de la naturaleza humana es considerada como «un antiguo modo» que tiene que ser

sustituido por otro más puro y digno del hombre. El placer unido a la generación es propio de la vida animal. Ruptura radical entre generación y relación sexual para ser sustituida por la capacidad de la ciencia y de la técnica para crear vida humana. La culminación de este progreso científico dirigido a dominar la naturaleza hasta el límite de que sea ya posible la creación de la vida humana.

La unidad y al mismo tiempo jerarquía entre amor, procreación y relación sexual se ha roto. Ni la relación sexual es fruto y manifestación del amor entre dos personas que se han comprometido en una comunidad de vida, ni el amor manifestado en esta relación sexual está en el origen de una nueva vida. La sexualidad se ha banalizado, y al mismo tiempo se ha proclamado su independencia de los fines que brotan de la capacidad generadora de la naturaleza. La transmisión de la vida queda exclusivamente sometida a la consideración científica y técnica, puesta al servicio de la voluntad humana o de posibles conveniencias sociales o políticas.

Las consecuencias de estas rupturas son bien conocidas. En el mundo occidental asistimos a la dramática caída de los índices de fecundidad que puede llevar a consecuencias irreversibles para el futuro de esta civilización. La sexualización de la vida cotidiana, alentada especialmente por los medios de comunicación social, ha hecho cada vez más difícil la integración armónica de la sexualidad en el conjunto de la vida, desapareciendo incluso con cierta frecuencia el mismo atractivo sexual fundado en la naturaleza. Esta disfuncionalidad ha dado lugar a desequilibrios psíquicos, frustraciones y otras alteraciones de la conducta de los que la psiquiatría moderna tiene ya una larga experiencia.

Ante este panorama nos parece una tarea urgente y humanizadora de la actual civilización proclamar la importancia del respeto al orden y fines que la misma naturaleza muestra con sus tendencias y dinamismo; redescubrir en esta orden de la naturaleza lo verdaderamente humano, aquello que el hombre ha recibido del Creador de esta naturaleza. Finalmente, es necesario volver a recordar la dignidad de la persona humana, fuente de todos los derechos y deberes del hombre. El más importante es que todo hombre tiene derecho y deber de amar y ser amado. Por ello mismo el niño desde el primer instante de su concepción tiene ya este derecho: ser fruto del amor de sus padres y ser preparado mediante su cuidado y educación amorosa para el futuro ejercicio de este deber.

LA IGLESIA CATÓLICA Y LA MUJER

Miguel Ferrer Flórez

En este año de 1995 ha tenido lugar en Pekín la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. Hace ya algunos años se vienen convocando estas conferencias (México 1975, Copenhague, 1980 y Nairobi 1985) y la de este año ha ido precedida de cinco encuentros regionales en Yakarta, Viena, Mar del Plata, Ammán y Dakar.

El objetivo de estas reuniones se centra en la promoción de la mujer y defensa de sus derechos, en la protección de su salud y cultura; en suma, en el reconocimiento de su entidad humana e implícitamente en la tutela del ejercicio de la función que como tal ha de desempeñar en la vida, independientemente de su raza, cultura, educación, desarrollo y creencias religiosas.

La mujer en la Iglesia

La Iglesia católica, como intérprete del mensaje de Dios a los hombres y de acuerdo con su propia naturaleza, ha desarrollado y protegido desde su origen el desarrollo integral de la mujer demandado por su entidad humana. Ahí está la multitud de mujeres ilustres que la Iglesia ha elevado a los altares y que vivieron en todos los estratos de la sociedad: esposas, madres, vírgenes consagradas a Dios, fundadoras, obreras, trabajadoras en oficios diferentes, reinas, profesionales, investigadoras en una gama tan extensa que abarca todas las categorías sociales a través de toda la historia. Además, no la ha postergado respecto al hombre. Las palabras de Juan Pablo II son tajantes en esta línea: «La mujer es el complemento del hombre, como el hombre es el complemento de la mujer: la mujer y el hombre son entre sí complementarios. La femineidad realiza "lo humano" tanto como la masculinidad, pero con una modulación diversa y complementaria». Y son complementarios «no sólo desde el punto de vista físico y psíquico, sino ontológico» (Carta de Juan Pablo II a las mujeres. 29-VI-1995).

En los tiempos modernos los sumos pontífices han prestado atención especial a la mujer y a aspectos concretos de su vida: actividad laboral (León XIII en *Rerum Novarum* y Juan XXIII en *Mater et Magistra*); presencia de la mujer en la vida pública (Juan XXIII en *Pacem in terris*; Pablo VI en *Octogesima adveniens*).

Desde el Concilio Vaticano II la Iglesia ha insistido en el reconocimiento de la entidad de la mujer y de sus derechos. No es posible enumerar de modo exhaustivo los documentos de la Iglesia en estos puntos concretos, pero a manera de resumen indicamos los principales:

—Concilio Vaticano II: Una serie de documentos van dirigidos a todo el género humano y así implican la aten-

ción a la mujer. Tal sucede en la constitución apostólica *Gaudium et spes* y en los decretos *Apostolicam auctuositatem*, *Ad gentes*, *Inter mirifica* y la declaración *Gravissimum educationis* y algunos lo hacen de forma concreta: *Gaudium et spes* (II,29), *Perfectae caritatis* (15.16.17.18). Además, de los mensajes que el Concilio dirigió a la humanidad uno está dedicado a las mujeres.

En síntesis, el Concilio centró su atención en la igualdad de derechos con el hombre, desempeño de su misión, promoción social y cívica sin impedir el cuidado del hogar y actividad apostólica.

—Juan Pablo II: Su aportación es determinante y ha venido impuesta por la rápida evolución de los tiempos. En sus encíclicas y en numerosos documentos ha precisado la posición de la Iglesia respecto a la mujer y a su problemática. Tres de ellos adquieren un relieve especial; su rico contenido se concreta así:

Carta Encíclica *Mulieris Dignitatem* (1988):

—Dignidad y ejemplo de María, Madre de Dios (theotokos).

—Dios crea al ser humano: «a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó» (Gén. 1,27) y ello es «la base de toda la antropología cristiana».

—Contraposición de Eva y María (pecado-gracia)

—Jesucristo ante la mujer: su actitud en los evangelios

—La vocación de la mujer: maternidad y virginidad

—La Iglesia esposa de Cristo

—La dignidad de la mujer. Dimensión del amor y misión de la mujer.

Carta de Juan Pablo II a las mujeres (19-VI-1995)

—Saludo a la mujer y aprecio por sus múltiples misiones: madre, esposa, hija, hermana, difusora del mensaje de Jesucristo en la vida consagrada.

—Reconocimiento de un complejo de realidades que han dificultado su dignidad y prerrogativas favoreciendo su marginación y hasta su esclavitud. Recordar, además, su labor en pro de la educación, la cultura, el arte y la ciencia; en definitiva, su aportación intelectual al desarrollo de la humanidad.

—Reclamación de la verdadera igualdad de derechos con el hombre.

—Es hora de lamentar los abusos cometidos con ella en el campo de la sexualidad, valorando su dignidad y misión y reconocer en ella «una forma de maternidad afectiva, cultural y espiritual de un valor verdaderamente inestimable, por la influencia que tiene en el desarrollo de la persona y en el futuro de la sociedad», punto 8.

—La Iglesia ve en María la máxima expresión del «genio femenino»

—Necesidad de que la Conferencia de Pekín pro-

movida por la Naciones Unidas clarifique la plena verdad acerca de la mujer.

Carta a la Secretaria General de la IV Conferencia Mundial de la ONU sobre la Mujer (26-V-1995)

—La Conferencia debe arbitrar sugerencias y soluciones objetivas de acuerdo con la dignidad de la mujer y sus aspiraciones.

—Atención sobre el hecho femenino complementario del masculino en vista a la responsabilidad familiar y la actuación en la vida pública.

—Defender una política que evite la discriminación, la trivialidad de la sexualidad y la explotación cuando no la esclavitud de mujeres y niñas.

Testimonios y ejemplos de la mujer en la Iglesia

La Iglesia, esposa de Cristo, ha ofrecido un marco que ha hecho posible el que la mujer se realizase plenamente en el seguimiento de Cristo según su naturaleza y misión. En la historia la hagiografía femenina es tan larga como completa abarcando posiciones diversas en la sociedad y en la familia alcanzando todas las edades, estados y condiciones. Pero, hay más. Algunas mujeres han llegado a tan altos niveles en el conocimiento de Dios, siguiendo una ruta original, creando una ascética y una mística, que les ha permitido ejercer un magisterio y a la vez una benéfica influencia en la vida de la Iglesia. Puede mencionarse en esta línea una muy larga relación en la que hay figuras destacadas como santa Escolástica o santa Clara de Asís y tantas otras que llegaron a la santidad o incluso al magisterio. Sin embargo, centraremos nuestra atención en tres mujeres admirables ciertamente extraordinarias: santa Catalina de Siena, santa Teresa y santa Teresa del Niño Jesús.

A Santa Catalina de Siena (1347-1380) le fueron suficientes treinta y tres años para elaborar una doctrina del espíritu sobre profundos principios atendiendo cuidadosamente las insinuaciones de la gracia de Dios: Conocimiento de sí misma y de Dios (advertir lo que uno no es, frente al que es —Dios— concretado en la afirmación «Yo soy el que soy; tu eres lo que no eres»); la «celdilla interior» (ver a uno mismo y a todas las cosas a la luz de Dios, realizar la verdad de Dios, creación, redención, participación de la vida sobrenatural); odio al pecado; Jesucristo, camino hacia el Padre mediante el amor de Dios y al prójimo.

Valedora de la Iglesia como cuerpo místico de Jesucristo, gestora admirable del rumbo de la Navicella (la Iglesia), fiel a su jerarquía y concretamente al Papa («Aun cuando el Papa fuere un demonio encarnado, no debería yo levantar la cabeza contra él, sino inclinarme ante su autoridad»). Catalina, débil doncella, encauza la vida de la Iglesia en el siglo XIV. En suma, es maestra espiritual y ejecutora insigne del plan de Dios.

Santa Teresa de Jesús (1517-1582) es otra maestra espiritual y fascinante propagadora de la verdad de Dios. Trazó un seguro camino para que el alma llegase a la unión mística con Dios. La base es la llamada universal a la santidad, cuatro siglos antes de que fuera promulgada la *Gaudium et spes*, a través de una ascética que conduce a la unión mística con Dios.

La ascética la fundamenta en una serie de ideas básicas como son la pobreza evangélica, la fidelidad a la regla (del Carmelo) o al propio estado, la caridad, el desasimiento (desprendimiento de las criaturas y de sí mismo), la mortificación, la poca estima de la vida natural, la humildad, la creación y el respeto a la propia santificación. Todo ello se completa con la práctica de las virtudes cristianas: fe, confianza en Dios, caridad con Dios y el prójimo y acatamiento a la voluntad de Dios.

El ejercicio de esta práctica ascética conduce a la mística unión con Dios mediante un proceso ascendente hacia la comunicación con Dios y la transformación de la vida humana en participación de la vida divina. El alma llega así hasta las cúspides más altas del conocimiento de Dios, pasando por sucesivos estados —las siete moradas— admirablemente definidas y mejor explicadas mediante su aguda inteligencia y su fina intuición femenina.

Santa Teresa fue hija de la Iglesia. Santa y luego su primera doctora (1970) en atención a su ciencia y pedagogía en la que siempre brillaron tres hitos bien apreciables: respeto a la jerarquía, sentido apostólico y vivencia litúrgica.

Por último, la figura nueva y extraordinaria de santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897). Introdutora de una práctica de vida basada en unos principios teóricos hasta entonces no considerados en su justo significado:

—Valoración de «lo pequeño» desde una óptica espiritual; camino el más seguro para llegar a la infancia espiritual y penetrar en los secretos de la filiación divina.

—Correspondencia a la gracia de Dios, a la manera del niño, confiando a Él la dirección del alma para penetrar en la intimidad de Dios.

—Vivencia del amor de Dios. Su proyección hacia el prójimo, pecador o misionero, y su traducción en obras. En suma: amar como Jesús, sin atemorizarse por defectos o debilidades, extensamente, a todos: prestar sin esperar.

—La prueba del silencio y del dolor como entrada al pórtico de Dios.

Catalina y las dos Teresas son testimonios vivos de cómo la Iglesia posibilita el desarrollo de la personalidad humana usando ordenadamente de la libertad. De esta forma se alcanza que aquélla pueda realizarse en el contexto del «otro sexo», con el establecimiento de metas que en el fondo son equivalentes a las creadas por el «hombre» en otras circunstancias y condicionamientos. Son igualmente válidas para dar a conocer el germen de la fe y el seguimiento de una ruta segura que la Iglesia ofrece a todo el género humano.

EN FAVOR DE NUESTROS NIÑOS, LOS PREDILECTOS DEL BUEN JESÚS

José Vives Suriá

Es indudable que nuestra tierra se mece y se muere en la cresta de la ola de una grave y progresiva creciente descristianización, así en el plano individual como en el de lo público o colectivo. Una descristianización, podríamos añadir, tan profunda y extensa, que nos aboca a un panorama de desertización religiosa, con unos oasis de vida cristiana cada día más reducidos y más débiles. Se trata de un hecho palpable y estremecedor, de un hecho que subyace debajo de los dolores y los males de la hora presente y que constituye, en definitiva, la causa básica del enorme desorden privado y público de nuestros días. Aunque la ceguera propia de las civilizaciones decadentes nos impidiera verlo, el hecho de este proceso de desertización religiosa sigue avanzando aquí entre nosotros con todas sus graves y lamentables consecuencias. Erre que erre, como sonámbulos que se dirigen inconscientemente al precipicio, nos empeñamos en resolver con curanderiles enjuagues humanos aquello que no tiene otra solución que la reincorporación a la vida pública y privada de los grandes principios del Catecismo. No se anunció para un día, sino para siempre, la indeleble verdad evangélica: «*Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*».

La realidad de ese acelerado y progresivo derrumbamiento religioso y moral podemos adverterla con cuatro pinceladas, que substancialmente tomamos de lo que escribiéramos hace no mucho tiempo con otros fines y para otra ocasión. El número de creyentes, más o menos practicantes es notoriamente escaso, se halla integrado en su mayor parte por personas de edad avanzada y se va reduciendo ostensiblemente a medida que corren las hojas del calendario. Por natural ley de vida, estas personas van desapareciendo de nuestra compañía y con su partida aumentan los claros y vacíos en los bancos de las Iglesias. El lugar que ocupaban los padres y los abuelos, salvo honrosas excepciones, no lo cubren ordinariamente los hijos y los nietos. Hubo malos maestros que secundaron la acción del diablo y el infeliz resultado está a la vista. «*Sembrasteis*, podríamos repetir haciendo nuestro el apóstrofe de Aparisi y Guijarro, y *la mies maldita amarillea*». Tantas malas hierbas y tanta sequedad habían de producir necesariamente la muerte de la cosecha.

Este fenómeno de envejecimiento y sucesiva desaparición de las generaciones más cargadas de años, sin remplazo ni relevo en la vida cristiana, ha traído sus naturales consecuencias. En muchas partes, aquí y allá, se ha reducido el número de misas celebradas en los domin-

gos y fiestas de precepto, bien sea por escasez de sacerdotes o por la exigua asistencia de fieles. Y en cuanto a los días laborables, no solamente ha disminuido en muchas iglesias el horario de misas, sino que éstas han pasado a celebrarse del Altar Mayor a la Capilla del Santísimo, o bien a alguna de las laterales, adyacentes o interiores. A ello podemos añadir que casi no se reza o se reza muy poco y mal. Más aún, que corremos el peligro de que casi se extinga la posibilidad de rezar, porque la inmensa mayoría de nuestros niños no tiene a nadie que les enseñe a hacerlo. No saben el Padrenuestro, ni el Ave María, ni el Gloria, ni identifican las imágenes del buen Jesús, de la Santísima Virgen, de San José, ni tienen idea de cualquier signo religioso, ni siquiera saben hacer la señal de la Cruz. Esta tremenda ignorancia religiosa de nuestros niños constituye el pecado más perverso y diabólico de nuestros días. Es una de las caras, más desconocida aún que deficientemente valorada, de aquel gravísimo pecado de escándalo que denunciara el buen Jesús con vehemente indignación. La otra cara es la de la malformación activa, la del escándalo directo, que con frecuencia les cerca e invade desde pequeñitos en el recinto que debiera ser sagrado de la propia familia y en la calle constantemente y siempre, porque no hay espacios protegidos para los niños como los hay para algunas especies animales. La prensa, la radio y la televisión entran en todas partes y la calle se ha convertido en un lodazal que sufrimos pasivamente y sin rubor porque hemos perdido la vergüenza.

El hecho de esta monstruosa e insana descristianización de nuestra sociedad Ignacio Hernando de Larramendi, en su libro *Utopía de la nueva América*, refiriéndose globalmente a España, lo describe así: «La sociedad española era cristiana cuando yo nací y también en 1936, cuando el pueblo navarro acudió en alpargatas a defender la Religión, arriesgando de modo absolutamente voluntario su vida; ahora el pueblo navarro asiste con indiferencia a cualquier clase de blasfemias sobre lo que parecía que eran sus sentimientos más queridos. Existía hace relativamente pocos años un sentimiento del pudor personal que ha desaparecido; así se promueve oficiosa y oficialmente lo contrario al sentido lógico de la decencia que había imperado durante dos mil años y en el mundo entero. Estos dos son los cambios más dramáticos y personales que he contemplado, a los que podría añadir la casi desaparición del sentido de familia en las clases más próximas a la mía».

Monseñor Antonio Montero, obispo de Badajoz, en una pastoral escrita hace algún tiempo, lo sintetizaba así: *«Hoy se sienta en el banquillo de los acusados el comportamiento normal, mientras actúa de fiscal el desmadre. En el ambiente social que respiramos, está mejor vista la relajación que la virtud»*.

Si esto es así, podríamos preguntarnos ingenuamente: ¿cómo puede decirse que ahora y en esta democracia estamos mejor que antes? Es una pregunta que cabría hacernos, no ya desde el ángulo de unas consideraciones políticas mezquinas y partidistas sino de unos principios morales absolutos y permanentes que se hallan por encima de todas las concepciones políticas.

El humo de Satanás ha entrado en la Iglesia

Pero lo más grave y lamentable no es lo que acabamos de manifestar. Existen otros hechos peores y que pueden considerarse como principales concausas de los anteriormente relatados. Nos referimos a aquellas corrientes introducidas en el interior del cuerpo eclesial y que poco a poco van minando los cimientos de la Fe, la conciencia del pecado, el sentido de Iglesia, el respeto y la sumisión al Magisterio Supremo Eclesial de todos los tiempos. No es infrecuente el caso de iglesias, sin confesores en los confesionarios; ni el de colegios religiosos en los que se administra a los niños el sacramento de la Eucaristía, prescindiendo de la previa confesión, precisamente ahora en que existen tantos niños sin inocencia y sin niñez; ni el de otros colegios religiosos sin género alguno de práctica de piedad y en los que cuesta un penoso esfuerzo el obtener de su dirección que se rece al cabo del horario escolar una sola Ave María; ni el de otros colegios de igual clase en los que apenas se enseña el Catecismo o el que se enseña no concuerda con el Catecismo de la Iglesia Católica, tal como lo ha aprobado con su suprema autoridad nuestro Sumo Pontífice Juan Pablo II.

Se da también el hecho de una crecida y creciente parte de fieles que no acepta ni profesa íntegramente los misterios de nuestra Fe, ni los mandamientos y preceptos del Señor y de la Iglesia. Como simple referencia nos limitaremos a evocar aquello que oímos en la homilía de una misa exequial, celebrada hace algún tiempo en el templo de un convento de nuestra ciudad de Barcelona. Según las estadísticas, dijo el religioso oficiante, existe alrededor de un treinta por ciento de católicos más o menos practicantes, especialmente entre los jóvenes, que no cree en las Postrimerías, ni en la Virginitad de María, ni en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, ni en la Confesión, ni en otras verdades de Fe que no enumeró. De ahí deducía lógicamente la necesidad urgente de una catequesis más auténtica, más extensa y más profunda. La Epístola y el Evangelio que aca-

baba de leer no podían ser más a propósito para hablar algo de aquello en lo que, según nos estaba diciendo, muchos fieles no creían. Pero no fue así. Ni la más pequeña alusión a la necesidad de morir en gracia de Dios, al Juicio Final, al Purgatorio, al Infierno, que a fuerza de omisiones y de silencios parecen quedar reducidos a simples verdades de papel. De semejante manera, la predicación queda frecuentemente presa en las mallas de un racionalismo esclerótico y que corre el peligro de acabar sembrando la semilla de la duda y de la vacilación en la mente y el corazón de los fieles.

Existe además una notoria y persistente crisis de vocaciones sacerdotales y a la vida religiosa, tanto activa como contemplativa, que afecta radicalmente a la salud y normal desenvolvimiento de la vida de la Iglesia. Pero ¿quién con sentido sobrenatural o tan solo con un poco de sentido común puede extrañarse de esto? ¿Quién habla y donde se habla de las virtudes, que le sirven de base y fundamento, de la florecilla de la humildad, del delicado sentido del pudor, de la belleza de la virginidad, del ideal fecundísimo de una castidad perfecta? Y, en cambio, se habla de lo contrario a todas las horas, de día y de noche, y por todos los medios, la prensa, la radio y la televisión, y con el escándalo público de unas costumbres corrompidas y corruptoras. ¿Cómo van a nacer y a perseverar las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, si tan poco hacemos para acunarlas, protegerlas y conservarlas?

No lo alegamos como una simple expresión negativista, que no nos conduciría a ninguna parte. Lo hacemos con el empeño de una pobre y doliente voz de alarma, de una ferviente llamada de auxilio, ante la vivacidad de un fuego devastador y asfixiante que aniquila y consume tantas cosas, de un fuego sobre el que algunos sabiendo bien lo que hacen y otros sin saberlo siguen soplando con fuerza y aprovechando todos los momentos y circunstancias.

Necesidad de una nueva evangelización

Para hacer frente a esa situación se abre la vía de una nueva evangelización, que nuestro Papa Juan Pablo II ha proclamado como la necesidad más urgente de los días que se acercan del próximo milenio. Es la gran palanca para llevar a término aquel nobilísimo fin que Pío XII expresara en su día de la manera siguiente: *«Es todo un mundo que hay que rehacer desde sus cimientos»*. La conclusión no puede ser más clara. Si hay que rehacer desde sus cimientos todo un mundo que se asienta y sustenta fuera de la piedra viva del Evangelio, lo que de veras le falta a este mundo es una nueva y verdadera evangelización.

Esta nueva evangelización es la gran meta y la gozosa esperanza del pontificado de Juan Pablo II, Papa y Pastor universal de nuestra santa madre la Iglesia católi-

ca, apostólica y romana. Y para que esto pueda llevarse a término ha derramado sus inacabables energías, sus mejores esfuerzos y los más hondos latidos de su corazón a la creación de unos medios instrumentales de inapreciable valor: el Catecismo de la Iglesia Católica y la encíclica *Veritatis Splendor*, con el complemento principalmente de la *Evangelium Vitae* de más reciente promulgación. Unos medios instrumentales que no han sido concebidos para que reposen y se cubran de polvo en los anaqueles de las librerías, ni siquiera para su mecánica multiplicación en ediciones de copiosa tirada, sino para que la mente y el corazón del pueblo fiel se conformen y obren en armonía con sus contenidos de Fe y de orden y práctica de vida, mediante una predicación y una docencia catequética adecuadas.

Nos hallamos, consiguientemente, ante una cuestión específicamente religiosa y de naturaleza intraeclesial, cuyo núcleo central o prioritario pudiera ser el de la recuperación de nuestra plena identidad religiosa, como requisito previo e insustituible de una verdadera Evangelización. Aquí y en nuestra tierra, cabe pensar que pudiera ser ésta una vía a tener en cuenta para que del reciente Concilio de nuestra Provincia Eclesiástica Tarraconense puedan obtenerse aquellos frutos que siempre se han esperado de un Concilio: la vigorosa afirmación de las grandes verdades perdidas de la Fe, la recuperación de la moral y de la disciplina en todos los ámbitos de la vida de la Iglesia, y en síntesis un vital acercamiento de los hombres a Dios, el primero de todos los fines y medio necesario para acercarlos eficazmente a los demás hombres. Nos parece que esta, y no otra, es la verdadera cuestión. Podemos al efecto plantearnos unas preguntas. ¿Cabe plantear con eficacia la grave cuestión de la enseñanza religiosa en la escuela pública, si en muchos colegios religiosos no se enseña el Catecismo o se imparte una clase de catequesis disconforme con el Catecismo de la Iglesia? ¿De que serviría fijar la vista preferentemente en la creación de nuevos organismos y en las técnicas de organización si no existían con anterioridad las personas idóneas para regirlo y gobernarlos? ¿Qué podría esperarse de bueno del simple aumento de emisoras de radio en el ámbito eclesial si no existiese la preparación previa necesaria para su recto uso? ¿Tales medios, según en qué condiciones, serían verdaderamente útiles para una necesaria y vigorosa evangelización o podrían convertirse fácilmente en unos poderosos elementos que contribuyeran a hacerla imposible? ¿Es ésta una mera cuestión de posibilidad económica? ¿No es más urgente y necesario emplear los esfuerzos que ello requeriría en impedir la degradación y creciente peligro de extinción de tantas escuelas parroquiales por falta de los imprescindibles recursos humanos y económicos? ¿Sin un auténtico apostolado de la infancia puede edificarse un apostolado seriamente eficaz?

Tal vez el planteamiento de estos interrogantes nos ayude a abrir algo así como un compás de espera y un espacio abierto a la reflexión en el que todas estas cuestiones puedan ser contempladas más profundamente y en su verdadera raíz. Tal vez en esos momentos de silencio pueda llegar al fondo de nuestros corazones el eco tierno y amoroso de aquellas sacratísimas palabras, nacidas de la infinita ternura del corazón del buen Jesús: «*Dejad que los niños se acerquen a Mí*».

Dejad que los niños se acerquen a Mí

San José de Calasanz escribía al principio de sus Constituciones: «*Los Concilios Generales, los Santos Padres y los filósofos de recto sentido afirman con unanimidad que la reconstrucción del mundo, la renovación de la sociedad cristiana, depende de la educación de las nuevas generaciones*». Estas nuevas generaciones se renuevan incesantemente y comienzan siempre por el eslabón de la infancia. Estos niños de hoy serán, sin duda, los hombres del mañana. Para crecer y sobrevivir dignamente necesitan de un doble alimento: un doble alimento que en tiempos de nuestros padres se comprendía muy bien bajo la significativa expresión de *pan y hojas de Catecismo*. Y la fórmula de hoy, aunque no esté de moda el manifestarlo, sigue siendo la misma. Lo dice la razón, lo dice el sentido común y lo dice la experiencia de todos los tiempos. Si se contempla con alma y corazón se ve claramente que todo empieza con las firmes y vigorosas palabras del buen Jesús: «*Dejad que los niños se acerquen a Mí. A cualquiera que escandalizara a uno de estos pequeñuelos más le valdría que le atasen una piedra al cuello y le echasen al fondo del mar*». Y no obstante el escándalo que sufren actualmente nuestros niños es total y por partida doble. El grave escándalo de la ignorancia religiosa, que constituye el medio inicial de que estos pequeñuelos no puedan acercarse a la figura adorable del buen Jesús, y el escándalo de una sociedad corrompida que arruinan su candor e inocencia casi antes de que empiecen a nacer.

Contra este gravísimo pecado de escándalo, como un llamamiento surgido de lo más hondo del corazón sacratísimo del buen Jesús sigue resonando el eco de aquellas ardientes palabras: «*Dejad que los niños se acerquen a Mí. A cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeñuelos más le valdría que le atasen una piedra al cuello y le arrojasen al fondo del mar*». Creemos, necesitamos creer, que esta voz será benigna y diligentemente escuchada, y que los niños, nuestros niños, cualquiera que fuese su lengua, linaje y procedencia, volverán a encontrar en el corazón de todo el cuerpo eclesial aquella inmensidad del amor y de la ternura que tuvieron siempre en el corazón sacratísimo del buen Jesús.

Los jóvenes de Schola Cordis Iesu con el Papa en Loreto

José María Alsina Casanova, pbro.

Con motivo del séptimo centenario lauretano celebrado en este lugar donde según la tradición se conservan «algunos elementos arquitectónicos de la casa de la Virgen en Nazaret», el Papa ha querido sumar a la Jornada Mundial de la Juventud celebrada por última vez en Manila (Filipinas) esta convocatoria de jóvenes del continente europeo.

Schola Cordis Iesu, representada por 75 jóvenes (número en el que incluimos la presencia de dos madres de familia, y una abuela «recién estrenada») de diferentes lugares de nuestra geografía: San Sebastián, Pamplona, Huelva, Palencia, Gerona y Barcelona estuvimos presentes en este encuentro celebrado en las cercanías del santuario de la Virgen de Loreto situado en la orilla del mar Adriático.

La proximidad de dos modelos y maestros para la juventud como san Juan Bosco y san Francisco de Asís, en las visitas que realizamos en Turín y en el pequeño pueblo de la Peruggia italiana, fue preparándonos para el encuentro en Loreto con el Papa.

A primera hora de la mañana del sábado, 9 de septiembre, después de caminar unos cuantos kilómetros, llegamos a Loreto. Todo el pueblo se había preparado para este acontecimiento. Los mayores y los niños desde las puertas de sus casas, adornadas con banderas del Vaticano, nos recibieron ofreciendo agua y aplaudiendo. Un sacerdote de edad se acercó para preguntar de dónde éramos. A nuestra respuesta siguió la suya: «yo, Bielorrusia». Esto no sería más que un anuncio de una de las realidades que marcó la jornada, la presencia de numerosos jóvenes de las distintas naciones de la Europa del Este.

Siguiendo las indicaciones de la organización salimos del pueblo para dirigimos hacia la «conca del Montorso», lugar del encuentro. Entre cantos y saludos acompañados por los tradicionales «Viva el Papa», nos encontramos ante una explanada cubierta de césped que tenía como telón de fondo el mar Adriático. En uno de los «sectores» que nos habían asignado, plantamos nuestras banderas junto a una pantalla gigante desde la que seguimos los actos de la noche y la misa de la mañana. Allí mismo, entre los cantos «neocatecumenales» y la música que resonaba por los altavoces celebramos la Eucaristía.

Poco a poco aquella «alfombra verde» quedó teñida



Loreto. Basílica y Palacio Apostólico

por el color de pañuelos, banderas, sacos de dormir de miles de jóvenes que venidos desde todos los rincones de Europa hasta de diferentes lugares del mundo como Brasil, México, Estados Unidos, Turquía... esperábamos la llegada del Papa.

Hacia las ocho de la noche, en la parte trasera de la explanada empezamos a ver cómo los peregrinos se arremolinaban en torno al papamóvil desde el que Juan Pablo II, visiblemente satisfecho, saludaba dando la bendición. «Voy a ver al Papa», me decía emocionada una de las jóvenes de nuestro grupo. Justo enfrente nuestro pasó el coche del Papa. El tradicional, «Juan Pablo II, te quiere todo el mundo» cantado por polacos, alemanes, franceses, italianos acompañaba la mirada del Santo

Padre que se detenía en los rostros de tantos como allí nos encontrábamos.

Lo primero que hizo al llegar a los pies del escenario preparado para el encuentro, fue saludar a algunos croatas, serbios y bosnios, que estaban asomados en la calle principal. Acto seguido, subió al estrado donde dirigió unas palabras de bienvenida a todos los jóvenes.

«Jóvenes, esperanza de Europa»; con este mensaje, el Papa inició aquel acto presidido por la cercanía del conflicto de los Balcanes y la invitación a los jóvenes a ser «constructores de la paz». Seis conexiones en directo, a través de satélite y gracias a la RAI, fueron sucediéndose desde significativos rincones del Viejo Continente: Belfast, París, Santiago de Compostela, la «colina de las cruces» en Lituania, Dresde y, por fin, Sarajevo. Fue este el momento más emocionante de toda la vigilia: tras el relato de un joven que hacía pocos días había sido mutilado por una granada, habló el arzobispo de Sarajevo. La imagen del Papa, que ocultaba su rostro recogido entre oraciones y lágrimas, hizo que la «conca del Montorso» se introdujera en un ambiente de oración silenciosa y profundo dolor.

La respuesta a la pregunta que nos hacíamos de ¿qué hacer?, ¿qué camino hemos de seguir para que nuestro mundo cambie?, la tuvimos una vez más en la palabra del Papa: «Queridos jóvenes, rechazad las ideologías obtusas y violentas, manteneos alejados de cualquier forma de nacionalismo exasperado y de la intolerancia (...) Sois el rostro joven de Europa. El futuro del continente, y del mundo entero, os pertenece, si sabéis seguir el camino que Cristo os señala. El camino es el mismo de siempre: es Cristo muerto y resucitado para la salvación del mundo: es la cruz de Cristo... Sed sus manos y su corazón para vuestros hermanos y hermanas...».

Encomendándonos a la Virgen, el Papa se despidió hasta el día siguiente. Por la noche nos acercamos hasta el santuario de la Virgen. En el interior, sobre el altar de una pequeña capilla, las palabras: «Hic, Verbo caro factum est» nos invitaban a dirigir al cielo un canto de acción de gracias por el gran misterio de nuestra redención.

Al caer la noche, en Montorso la luna llena iluminaba el lugar donde un tendido multicolor de sacos de dormir estaba acompañado por el murmullo de cantos y tertulias. Nosotros preferimos esperar el amanecer introducidos en el profundo sueño causado por el cansancio acumulado.

Un cielo totalmente descubierto, fue lo primero que divisamos al despertarnos tras oír por los altavoces un caluroso: «Buenos días». La llegada del Papa a Montorso

estuvo acompañada otra vez por los gritos y las carreras. Al Papa, que por la noche nos había dicho «soy un joven de 75 años», se le veía contento y sonriente.

Momentos antes de la celebración un grupo de jóvenes trajo en procesión la imagen de la Virgen de Loreto. En la santa misa concelebrada por casi un centenar de obispos, varios de rito ortodoxo, y más de un millar de sacerdotes, el Papa nos invitó a hacer de Europa una casa común, que encuentra su modelo en la casa de Jesús, María y José, en Nazaret. Nuestra mirada, nos dijo el Papa, tiene que estar puesta en aquellos que nos han precedido con el testimonio de su entrega martirial, «semilla de una nueva Europa». «Queridos jóvenes peregrinos, ésta es la misión particular que se os confía (...) debéis testimoniar la filiación divina; la filiación que es patrimonio que nos transmitió el Hijo unigénito de Dios». El Papa nos hizo pensar en aquellas palabras que dirigió en Lisieux, en las que se refería al camino de infancia espiritual de santa Teresita como la invitación al hombre de hoy a recordar con especial fuerza aquello que constituye el misterio más fundamental de nuestra fe: nuestra condición de hijos de Dios.

Al acabar la celebración, cuidada hasta el último detalle, el cardenal Pironio se dirigió al Santo Padre en nombre de todos los jóvenes y le invitó a que nos confirmara en nuestro camino de fe y de santidad. A las palabras de: «Santo Padre repítanos una vez más: No tengáis miedo a ser santos, no tengáis miedo a Cristo», del cardenal, el Papa asintió con el gesto de sus brazos y con su habitual sonrisa.

El coro de jóvenes que se encontraba junto al estrado despidió al Santo Padre con un «ciao, ciao», muy italiano, que combinaba la música con el movimiento acompasado de unos pañuelos. Una vez más, el Papa en su coche panorámico pasó por nuestro lado. Esta vez nos miró, clavó sus ojos en la gran bandera española rematada por el Corazón de Jesús, que agitaba con fuerza uno de los pequeños del grupo subido a los hombros de otro más fuerte y mayor. Después de comer nos pusimos en camino para subir al autocar que nos condujo a nuestras casas.

La peregrinación a Loreto, «casa de la Virgen», el encuentro con el Papa y los jóvenes de toda Europa, ha sido una experiencia inolvidable en la vida de los jóvenes de esta nueva generación de Schola Cordis Iesu que, con ilusión y entrega, queremos tomar la antorcha de nuestros mayores respondiendo a la invitación de nuestro «querido Papa», a poner el tercer milenio en el regazo de Aquel al que todo le pertenece: nuestro Señor y Rey, Cristo Jesús.

La *Theologia Mystica* de Juan de Jesús-María, carmelita descalzo

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

Durante el año 1993 apareció en Bruselas, financiada por Anne dé Barys, la esperada edición crítica de la *Theologia Mystica*¹ que, en el ya muy lejano 1607 publicó por primera vez, en Nápoles² el Venerable Juan de Jesús-María (Calahorra 1564 - Roma 1615), uno de los primeros novicios del protocarmelo teresiano de Pastrana,³ donde profesó el año 1583. Destinado poco después de su profesión religiosa a Italia (1585) para establecer allí la reforma del Carmelo descalzo, al poco tiempo conseguiría vertebrar la floreciente «Congregación de San Elías», para la cual redactó unas Constituciones⁴ propias (1605).

A lo largo de su fecunda vida como carmelita descalzo, Juan de Jesús-María destacó brillantemente en la formación y acompañamiento espiritual de jóvenes vocaciones carmelitanas durante el noviciado y además fue, también, un escritor muy apreciado en Teología Espiritual y Mística, ya que supo poner, fructuosamente, por escrito sus propias vivencias y conocimientos espirituales.

De su extensa y sólida producción⁵ destaca especialmente su *Theologia Mystica* la cual, desde el año 1771 en que fuera incorporada en las *Opera omnia* del carmelita calagurritano, no había visto de nuevo la luz, hasta la presente edición crítica, de gran pulcritud y solidez, preparada por el P. Giovanni Strina. Esta extraordinaria obra del Venerable Juan de Jesús-María (verdadero clásico de la espiritualidad), fue estructurado por su autor

1. Nos referimos a la cuidada edición, *Ioannis a Iesu Maria, O.C.D., calagurritani: THEOLOGIA MYSTICA. Ioannes Strina, eiusdem Ordinis, criticis adnotationibus edidit.* Editions Soumillion. Bruselas, 1993 (XIV + 313 pp.; 23,5 x 15,5 cm).

2. Ver: *Theologia Mystica per R.P. Ioannem a Iesu Maria, Carmelitam Discalceatum Hispanum Calaguritanum*, Neapoli, Apud Tarquinium Longum, 1607 (la Portada de esta obra con un escudo central del Carmelo descalzo, ilustra la nota histórica).

3. «Ningún convento de la Descalcez llegó a adquirir la fama de ajustado y exacto en las observancias de nuestros santos reformadores como este de Pastrana. Había sido fundado por la Santa [Teresa de Jesús; y el primer maestro de novicios que tuvo fue San Juan de la Cruz]» (cf. SILVERIO de SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo*, t. III [Burgos, 1930] p. 327).

4. Ver: IOANNES M. STRINA, (ed.): *Constitutiones Carmelitarum Discalceatorum Congregationis S. Eliae, Anno 1665 latae*.

5. Fue recopilada en las *Opera Omnia*, publicadas en Florencia entre los años 1771 y 1774.

THEOLOGIA MYSTICA

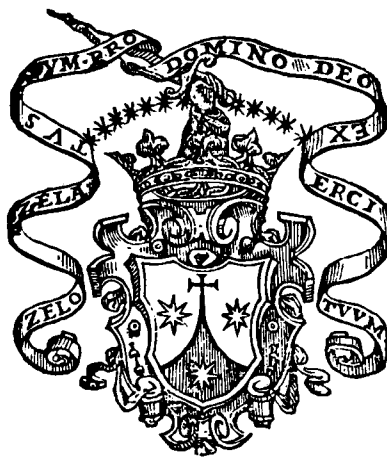
PER R. P. F. IOANNEM

A IESU MARIA

CARMEELITAM

Discalceatum Hispanum

Calaguritanum.



NEAPOLI Apud Tarquinium Longum. 1607.

Superiorum Permissu :

en nueve apartados que, constituyen una bella armonización de la doctrina mística tradicional del PseudoDionisio (junto con otros maestros de la espiritualidad patristica y escolástica, de los cuales destacan Dionisio el Cartujano, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino), con la experiencia espiritual de Santa Teresa de Jesús; de la cual armonización brota una sugestiva exposición de Teología Mística, muy cuidada y profunda, sobre un tema capital: la unión mística del

creyente con Dios creador, prioridad y meta final de cualquier experiencia contemplativa.

Todos los apartados que integran la *Theologia Mystica* constituyen una reivindicación de la dignidad y utilidad de la experiencia mística y, por esta razón, Juan de Jesús-María inicia su reflexión teológica con unas consignas muy precisas a propósito de la especificidad de esta peculiar dimensión teológica. En primer lugar, nuestro autor califica de «místico» a aquella persona que sabe mostrar, para beneficio espiritual de todo el Pueblo de Dios, cosas muy maravillosas, inexploradas por la mayoría de los fieles, pero descubiertas por el místico bajo la acción de la Gracia divina a través de una experiencia real y verdadera; por eso, obviamente, solamente pueden ser llamados «teólogos místicos» aquellos que saben percibir las cosas divinas y, a su vez, gustan secretamente de Dios en la intimidad de la plegaria (*Deum arcano gustarunt*);⁶ magnífica vivencia espiritual, sumamente difícil de poder verbalizar adecuadamente, ya que se resiste a expresarse correctamente con nuestro lenguaje habitual (*verbis exprimi nequit*);⁷ aunque los Padres de la Iglesia, tal como nos recuerda el Venerable Juan de Jesús-

María, se esforzaban por encontrar palabras que designasen los distintos matices de la experiencia de Dios con nombres muy diversos: contemplación, éxtasis, raptó, unión, penetración, transformación, exultación, gusto, acceso a la divina tiniebla (*ingressus in divinam caliginem*),⁸ ebriedad del espíritu, exceso de la mente, entrada en la bodega de Dios (*introductio in Dei cellaria*),⁹ etc.

Nuestro místico y escritor carmelitano no descuida de indicarnos, al final de su obra, (y con esto ponemos punto y final a esta breve nota histórica sobre la edición crítica de la *Theologia Mystica* de Juan de Jesús-María del cual, en 1988, se reabrió el proceso de su canonización), que todos aquellos seguidores de Cristo, deseosos de comprender y experimentar las cosas divinas, desde la experiencia espiritual (*Divina et intelligere et experiri cupienti*),¹⁰ no tienen compendio mejor, ni atajo más seguro, que la pureza de vida y la humildad,¹¹ gozando, por esta senda, de la dulzura del divino amor que, poco a poco, nos va apartando de cualquier otra satisfacción, placer o deseo y, a la vez, va transfigurando progresivamente nuestra humanidad en divinidad.

6. Cf. *Theologia Mystica*: Canones pro Theologiae Mysticae intellectu, núm. 5.

7. Cf. *Th. Mys.*: Canones, núm. 11.

8. Cf. *Th. Mys.*: canones, núm. 23

9. *Ibidem*.

10. Cf. *Th. Mys.*: canones, núm. 29

11. *Ibidem*.

COMPENDIO DE TODA RELIGIÓN Y NORMA PERFECTA DE VIDA

Difundiéndose la herejía jansenista, la más taimada, enemiga del amor de Dios y de la piedad, Jesús benignísimo manifestó a las naciones su Corazón sacratísimo como bandera de paz y caridad, como presagio de victoria no dudosa en el combate.

En aquella señal y en el piadoso culto al Corazón de Jesús se contiene el compendio de toda religión y la norma más perfecta de vida, porque guía más suavemente las almas al conocimiento íntimo de Cristo nuestro Señor y más eficazmente las mueve a amarle con mayor fervor y a imitarle más fielmente.

Pío XI: *Miserentissimus Redemptor*

La erección de la jerarquía eclesiástica de Filipinas

Manuel González Pola, O.P.

El papa Juan Pablo II, en su viaje al Extremo Oriente, en enero de este año, con ocasión del V Foro Internacional de la Juventud reunido en Manila, recordó en varios de sus discursos la obra evangelizadora de España en Filipinas, iniciada en un principio por los agustinos, franciscanos, dominicos, jesuitas y recoletos, y el establecimiento y organización de la jerarquía eclesiástica en Filipinas, que había de ser la impulsora de la evangelización.

Con esta ocasión nos ha parecido bien ofrecer a los lectores de CRISTIANDAD una visión de conjunto del establecimiento de la jerarquía eclesiástica durante el período del régimen español en Filipinas, entre los siglos XVI y XIX.

Descubrimiento y primera evangelización de Filipinas

Como es sabido, las islas Filipinas fueron descubiertas en la expedición de Magallanes, que salió de España en 1519 y, bordeando el cono sur de América, pasó al Pacífico y atravesándolo llegó en 1521 a las Filipinas. Posteriormente, en años sucesivos, se organizaron y efectuaron otras expediciones hacia las islas de Poniente, llamadas más tarde islas Filipinas, unas desde España y otras desde México: las de Loaysa (1525), Saavedra (1527), Villalobos (1542) y, finalmente, la de Miguel de Legazpi y Urdaneta, que partió de Nueva España el 21 de noviembre de 1564 y llegó a las islas Filipinas en 1565, completando su descubrimiento y las anexión a la Corona de Castilla.

Paralelamente a esta acción de descubrimiento y conquista, los reyes de España y los virreyes de México procuraron proveer a la evangelización de los naturales de Filipinas, procurando que en todas las expediciones fueran algunos clérigos o religiosos que se encargaran de su evangelización. En la de Villalobos fueron ocho, cuatro clérigos y cuatro agustinos; en la de Legazpi, cinco agustinos, bajo la autoridad del padre Urdaneta, que iniciaron la evangelización en Cebú, en 1665, y la extendieron luego a otras regiones de las islas. En los años posteriores fueron llegando nuevos grupos de misioneros agustinos; en 1578 llegaron los franciscanos; en 1581, los jesuitas, con el primer obispo —el dominico fray Domingo de Salazar—; en 1587, los dominicos y, finalmente, en 1606, los agustinos recoletos.

Estas congregaciones de religiosos, junto con un muy

escaso clero secular, fueron los que llevaron el peso de la evangelización de los naturales filipinos y lo hicieron con una entrega total. El fruto de esta intensa labor evangelizadora fueron las numerosas conversiones a la fe y que, al cabo de un siglo, la mayor parte de los filipinos hubieran abrazado la fe de Jesucristo.

Erección del obispado de Filipinas

La gran distancia entre Filipinas y el obispado de México, del que dependía la acción evangelizadora en Filipinas, no favorecía su desarrollo. Era conveniente y hasta necesario erigir un obispado en las islas, que dirigiera y promoviera de inmediato la obra evangelizadora. Así se expuso reiteradamente al rey y al Consejo de Indias, y uno y otro accedieron a ello.

La opción y proposición de erigir un obispado en Filipinas la tomó el Consejo de Indias en la sesión del 3 de julio de 1578, al examinar las proposiciones del maestreescuela de México:

«En lo que toca a la erección del obispado [en Filipinas] y proposición de personas para obispo, parece al Consejo será bien se haga. Y siendo V.M. servido se trate de ello, se mirará en persona, y se enviará a Roma para que se haga la erección. Madrid a iii de julio de 1578 años».¹

Y habiendo aceptado el rey dicha proposición: «está bien, y así se haga»,² 15 días más tarde, el 18 de julio, el mismo Consejo propuso al rey al «Maestro Fray Domingo de Salazar, de la Orden de Santo Domingo, de gran vida, doctrina y ejemplo, muy letrado y ha estado muchos años en la Nueva España doctrinando, enseñando y predicando, y ha tenido cargos en su Orden» (Ibíd., doc. 99), indicándole que su proposición para obispo de Filipinas debería ser presentada al papa al mismo tiempo que la petición de erección de la diócesis de Filipinas.³

Aceptadas por el rey ambas proposiciones del Con-

1. Archivo General de Indias (AGI), Ind. Gral., 739, doce. 94.

2. Ibíd.

3. «Habiéndose consultado a V.M., que parecía convenir y ser necesario que en lo de las yslas Philipinas se eriguiese un obispado y sobre ellos se escribiese a su Sd. y al embajador de V.M. en aquella corte, V.M. mandó se hiziesse así; y porque el despacho se haga junto así de las erection, como de la presentación de persona para prelado; el Consejo ha mirado en persona a propósito y parece lo será el Maestro fray Domingo de Salazar, de la orden de santo

sejo: «Assí» (se haga) (ibíd.) y obtenida también la aceptación de su designación por el propio Salazar,⁴ el 2 de noviembre escribió el rey a su embajador en Roma, mandándole que presentara al papa su voluntad y petición de que erigiese el obispado de Filipinas, como sufragáneo del arzobispado de México, y nombrase obispo de Filipinas a fray Domingo de Salazar.⁵

Accedió el papa a ambas peticiones y el 6 de febrero de 1579 expidió la bula *Illius fulti praesidio*, por la que erigía la nueva diócesis de Filipinas, como sufragánea de México, y las bulas de nombramiento de fray Domingo de Salazar como primer obispo de Filipinas.⁶

Las bulas de erección de la diócesis y de su nombramiento de obispo llegaron a España en el mes de abril. El 4 de mayo ya las había recibido el obispo designado Salazar, y se aprestó a ir a Filipinas, con un buen grupo de dominicos y algunos clérigos, en la flota que había de salir aquel año, y que salió el 2 de julio. Pero no llegó a tiempo el obispo, y así hubo de retrasar un año su salida para Filipinas. Entre tanto, el 26 de agosto de 1579 se le expidieron las *ejecutoriales* y ese año o al año siguiente, en fecha que no conocemos, se consagró en España.

Por fin, el 8 de junio de 1580, se embarcó en Sevilla con 18 religiosos dominicos y algunos clérigos. Salieron de Cádiz el día 10 y el 25 de agosto llegaron a San Juan de Ulúa y Veracruz, en la Nueva España o México.

Allí hubo de detenerse hasta la salida del galeón para Filipinas. Y habiéndosele muerto, en la travesía de España a México, un buen número de los religiosos dominicos que llevaba consigo, salió al año siguiente de Acapulco para Filipinas con un dominico y un buen número de agustinos, franciscanos, jesuitas y algunos clérigos, llegando a Filipinas en septiembre de 1581.

Llegado a Manila, tomó posesión de su diócesis, que comprendía todas las islas Filipinas, se puso en contacto con los clérigos y religiosos —agustinos y franciscanos— que venían ejerciendo allí el apostolado hasta entonces, estableció las bases de la organización y distribución de

las diversas zonas de apostolado que tenían encomendadas los religiosos —agustinos y franciscanos— y nombró algunos párrocos o vicarios de amplias zonas pastorales de su obispado.

A fin de potenciar el apostolado o evangelización, al año siguiente, 1582, convocó una Junta a modo de concilio o sínodo, en que se estudiaron los principales problemas que llevaba consigo la evangelización de los naturales de Filipinas, y se tomaron decisiones importantes sobre los diversos aspectos de ese apostolado, que marcarían la pauta a seguir en adelante.⁷

Rigió la diócesis personalmente hasta 1591, en que regresó a España y, desde esta fecha, mediante un gobernador eclesiástico, fray Cristóbal de Salvatierra, asistido por el cabildo catedralicio.

En 1591 emprendió el viaje de regreso a España —a donde llegó a finales de 1593—, para resolver ante el rey y el Consejo de Indias graves problemas de gobierno eclesiástico y de evangelización de las Islas. Entre otros asuntos, propuso y preparó la erección de nuevas diócesis, lo que se conseguiría en 1595, después de su muerte, acaecida en Madrid el 4 de diciembre de 1594.⁸

Necesidad de más obispos y nuevas diócesis

La responsabilidad pastoral del señor Salazar era grande. Él se dio cuenta de ella desde un principio. Su diócesis abarcaba todo el territorio filipino, desde el sur de China hasta Borneo y las Molucas, dividido en un gran número de islas, unas siete mil. Los habitantes hablaban diversos dialectos y era preciso ir a predicarles en su propia lengua para poder catequizarlos. Además, los misioneros eran pocos. Todo esto dificultaba el apostolado y hacía que la evangelización y conversión de los naturales fuese lenta.

Salazar insistía una y otra vez ante el Consejo de Indias y el mismo rey en la necesidad de más misioneros, de más religiosos. Su insistencia logró que fueran aumentando; pero no lo suficiente para poder llevar a todos la instrucción religiosa, necesaria para su verdadera conversión y perseverancia en la fe.

Y ante la imposibilidad de atender convenientemente él solo a tantas necesidades, pedía insistentemente al rey que le mandase, no sólo más clérigos y religiosos, sino

Domingo, de gran vida, doctrina y ejemplo, muy letrado, y ha estado muchos años en la Nueva España doctrinando, enseñando y predicando, y ha tenido cargos en su Orden. V.M. mandará lo que fuere servido. En Madrid, XVIII de julio MDLXXIII años». Resolución real: «Assí» (AGI, Ind. Gral., 739, doce., 99).

4. No tenemos constancia documental explícita de su aceptación; pero sí consta que antes del 20 de octubre ya lo había aceptado, pues estaba ya gestionando permiso para llevar consigo religiosos de su Orden, y en esa fecha se le concedía llevar 30 religiosos, «seis más» de los que se le había concedido antes (AGI, Ind. Gral., 1086, I).

5. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, S. Sede, leg. 4, f. 103.

6. Texto de la bula *Illius fulti praesidio*, en AGI, Patronato, 25 y CDIA, 34, 72-79.

7. P. FERNÁNDEZ: «Actas del primer Sínodo de Manila (1582-1586)», *Philippiniana Sacra*, 4(1969), pp. 425-5537; y J. L. PÓRRAS: *Sínodo de Manila de 1582*, Madrid, 1988.

8. L. GUTIÉRREZ: *Domingo de Salazar, O.P., primer obispo de Filipinas (1512-1594)*, Manila, 1979; y M. GONZÁLEZ POLA, *Obispos Dominicos en Filipinas*, Madrid, 1991, especialmente p. 10-14 y 86-89.

también más obispos; de momento, podría erigirse una nueva diócesis en Cebú, al sur de las Islas, «porque no es posible dar recaudo».⁹

Esto lo sentía y decía el señor Salazar en 1583, y lo siguió repitiendo en años posteriores. Pero esta petición no fue atendida hasta que vino él a España (en 1591-1593) y expuso oralmente esta necesidad ante el Consejo y el mismo rey.

Llegado a España a finales de 1593, durante el año 1594 expuso el señor Salazar al rey y al Consejo de Indias la necesidad de crear nuevo obispados en Filipinas, que compartieran con el de Manila la labor pastoral. Accedió a ello el rey, con el parecer del Consejo, ya en 1594. Pero la decisión final y pasos a dar para formalizarla no se dieron hasta mediados de 1595, muerto ya el señor Salazar.¹⁰

Erección de la archidiócesis de Manila y de las diócesis de Nueva Segovia, Nueva Cáceres y Cebú

Aceptada la petición y proposición del obispo Salazar, el Consejo estudió detenidamente el modo de realizarla. Y tras meses de reflexión, se acordó erigir en metropolitana la sede de Manila, y crear tres nuevas diócesis u obispados, sufragáneos del de Manila: el del Nombre de Jesús, en la isla de Cebú, al sur del archipiélago; el de Nueva Cáceres, en la provincia de Camarines, un poco más al norte, y el de Nueva Segovia, en la provincia de Cagayán, al norte de la isla de Luzón.

La razón de dicha división se indica en la petición del rey a Su Santidad: «por ser aquel distrito [las islas Filipinas] muy grande, de muchas yslas muy pobladas de naturales, no puede un solo prelado cómoda e ordinariamente visitar como se requiere su diócesis, exercer los actos pontificios acudir a las cosas e casos espirituales, nin proveer nin remediar con la brevedad que conviene».¹¹

Al propio tiempo se propusieron para obispos de dichas diócesis a fray Ignacio de Santibáñez, franciscano, para arzobispo de Manila; fray Pedro de Agurto,

agustino, para obispo de Cebú; fray Luis Maldonado, franciscano, para obispo de Nueva Cáceres, y fray Miguel de Benavides, dominico, para obispo de Nueva Segovia.

Acordado ya todo esto en el Consejo, en los meses de abril y mayo, el 17 de junio escribió el rey a su embajador en Roma, duque de Sesá, encargándole que presentase al Santo Padre la petición de erección de la archidiócesis de Manila y de los tres obispados, y el nombramiento de sus obispos respectivos.¹²

No se descuidó el embajador en hacer las gestiones correspondientes ante la Santa Sede, como se lo pedía el rey, a fin de que pudieran partir los obispos designados en la flota del año siguiente, y no se retardara la erección de dichos obispados. Y la Santa Sede accedió también pronto a la petición. El 14 de agosto el papa Clemente VIII expedía las bulas de erección del arzobispado de Manila y de cada uno de los otros obispados de Cebú, Nueva Cáceres y Nueva Segovia, declarando a éstos sufragáneos del arzobispado de Manila. Y el 30 del mismo mes fueron nombrados el arzobispo y los obispos de las respectivas diócesis y se expidieron las bulas de su nombramiento.¹³

La erección efectiva, *in situ*, y toma de posesión de la archidiócesis y de las tres diócesis tuvo lugar a la llegada de sus respectivos obispos, en 1598, salvo la de Nueva Cáceres, cuyo obispo, fray Luis Maldonado, residente en Filipinas, había muerto en Manila, en 1596, antes de llegar las bulas de erección de su diócesis y de su nombramiento canónico.

Límites de las diócesis

En las bulas de erección de la metropolitana y de los tres obispados no se determinaban los límites concretos de cada uno de ellos. Tampoco se le confió al rey esta limitación, como él mismo había pedido: «abéis ansí mesmo de suplicar a Su Santidad, en mi nombre, me dé facultad para añadir e mudar los dichos límites quando e como me paresciere convenir».¹⁴ Se le confió esa facultad al Nuncio «actual e el que por tiempo fuere de la Silla Apostólica en los reynos de España, o el quél delegare, todas quantas veces fuere necesario».¹⁵ Pero el Nuncio no expidió documento alguno al respecto.

12. Texto, *ibíd.*, 876-90, y AMAE, SS, 4, f. 103.

13. ASV, Consit., IV, t. 13, f. 64-65, y CDIA, 34, 90-95 y 103-110 (extractos de las bulas).

14. Carta de Felipe II al embajador, de 17 de junio de 1595, en CDIA, 34, 86-90.

15. Bula de erección de la diócesis de Nueva Segovia, *ibíd.*, 107-108.

9. Carta de Salazar al rey del 18 de junio de 1583, en AGI, Fil., 74, y Patronato, 25, doce. 8. En otra del mismo día llegaba a decir que para atender a su extensa diócesis había trabajo para más de veinte obispos (AGI, Fil., 74).

10. No sabemos la fecha exacta de esa decisión, pero ciertamente antes del 12 de mayo de 1595, pues hay constancia en el AGI de diversos documentos —peticiones y cédulas reales— relativos al arzobispado «electo» de Manila, señor Ignacio de Santibáñez (AGIU, Fil., 339).

11. Texto en CDI, 34, 87. Lo mismo se afirma en la bula de erección: *ibíd.*, 90-95.

De hecho, el arzobispo y obispos designados partieron para Filipinas y no llevaron determinados los límites de sus respectivas diócesis. Y así, al llegar allí, hubieron de determinar y así lo hicieron según les pareció bien, como escribieron al rey el gobernador Tello y la Audiencia de Manila:

«El obispo de la provincia de Camarines no vino... Los obispos de la ciudad de Nueva Segovia y de Cebú llegaron a estas islas el año pasado de 1598... No trajeron bulas de Su Santidad ni cédulas de V. M. por donde se entiende la división de sus obispados, y así cada uno ha tomado lo que le ha parecido: el de Nueva Segovia, desde la provincia de Pangasinán y el de Cebú tomó posesión de la isla de Panay, diciendo que su obispado se entiende toda la provincia de Pintados».¹⁶

La distribución inicial fue la siguiente, de norte a sur: la diócesis de Nueva Segovia, al norte de la isla de Luzón, comprendía las provincias o regiones de Cagayán, Ilocos y Panasinán; la archidiócesis de Manila, la parte central, entre Panasinán y Camarines (Pampanga, Bulacán, Bataán, Batangas e islas adyacentes, Mindoro y Marinduque; la de Nueva Cáceres, la región de Camarines o Bicolandia, e islas adyacentes; y la de Cebú, las islas llamadas «Pintadas» o Visayas, hasta Mindanao: Panay, Samar, Leyte, Negros, Cebú y Bohol.

Más tarde debieron establecer más concretamente los límites de sus respectivas jurisdicciones.

Sede, catedral y cabildo

Las bulas de erección de los obispados señalaban la sede o ciudad donde debía residir el obispo, se había de construir la catedral y constituir el cabildo de los respectivos obispados, e incluso determinaba el titular de la diócesis o catedral.

Para la archidiócesis de Manila, la sede, la catedral y su titular y el cabildo serían los mismos del antiguo obispado de Manila.

Para los otros tres obispados, la bula de erección señalaba también las respectivas sedes: los antiguos pueblos —elevados a la categoría de ciudad por las respectivas bulas—: Nueva Segovia, Nueva Cáceres y Santo Nombre de Jesús, de Cebú, y determinaban que en ellos se debía edificar la catedral y constituir el respectivo cabildo.¹⁷

De esta disposición pontificia sólo se cumplió la primera parte, relativa a la sede. Porque una disposición real, ejecutiva de las correspondientes bulas, dirigida a los obispos, disponía que «por agora... no se a de erixir yglesia catedral en esa cibdad, nin proveerse dignidades nin canonxías, sino que abéis destar privadamente en el monasterio de vuestra orden desa dicha cibdad».¹⁸

Y así, de hecho, hasta el siglo XVIII o XIX serviría de catedral la iglesia parroquial (a veces conventual) donde residía el obispo, y en lugar de cabildo se les asignaba a los obispos —con cargo a la Hacienda real— un par de religiosos o clérigos —de ordinario, el párroco y un coadjutor— que le ayudaban en los oficios pontificales y en la labor pastoral. En el siglo XVIII los obispos comenzaron a edificar sus propias catedrales, sencillas y endebles, dada la precariedad de medios de que disponían, ya que no recibían subvención para ello.

Sólo el obispo de Cebú constituyó, desde un principio, cabildo en su catedral, nombrando tres dignidades y algunos canónigos, «para que en sede vacante no quedase el obispado sin caveça».¹⁹ Esto le originó dificultades de parte del cabildo de Manila, que se creía con derecho a intervenir en el gobierno de la diócesis, sede vacante. Una disposición posterior limitó la pretensión del cabildo de Manila, al establecer, en el siglo XVIII, que el gobierno de la sede vacante lo ejercería el obispo de la diócesis más cercana.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de la jerarquía eclesiástica en Filipinas, que se mantuvo sin modificaciones hasta mediados del siglo XIX, y de la que ahora se cumple el IV Centenario.

Cabría complementarla con algunos rasgos más, como, por ejemplo, la erección de una nueva diócesis en el siglo XIX, la de Jaro, desmembrada de la de Cebú, y la multiplicación de diócesis en el siglo XX, hasta llegar actualmente casi al centenar; las dificultades de provisión de pastores y la consiguiente orfandad que padecieron con frecuencia, con las repercusiones negativas en la marcha de la labor evangelizadora; las dificultades en el gobierno de las diócesis, a falta de cabildo, salvo en la archidiócesis de Manila, etc. Desistimos de ello en esta ocasión, en gracia a la brevedad. Basten, de momento, estas páginas con que CRISTIANDAD se hace eco del recuerdo que el papa Juan Pablo II hizo del IV Centenario de la erección de la jerarquía eclesiástica en Filipinas y de la labor evangelizadora de España en las islas, y se une espiritualmente a la Iglesia filipina en este IV Centenario.

16. Carta del gobernador Tello al rey, de 12 de julio de 1599, en AGI, Fil., 162.

17. Véase el texto o extracto de las bulas en CDIA, 34, 990-95 y 103-110.

18. Cédula real del 5 de mayo de 1596, *ibíd.*, 99-100.

19. Véase la carta de Felipe III al arzobispo de Manila de 12 de diciembre de 1603, en AGI, Fil., 328, I, f. 68.